

ESTOY LLAMANDO A LA PUERTA

Carlo Maria Mart

ESTOY LLAMANDO A LA PUERTA

Carlo Maria Martini

1.ª edición: noviembre 1993

2.ª edición: febrero 1994

PREMISA

«Perdón, no tengo tiempo»

Esta carta pastoral es el fruto de una previa decisión mía muy sencilla: la de tener tiempo de escribirla.

También tu lectura de estas líneas, querida lectora y querido lector, es el fruto de una decisión: «Quiero tener un rato para leer una parte al menos de esta carta».

Los dos estamos unidos por una decisión pequeña, pero significativa: tener tiempo para algo que nos parece importante, yo para escribirte y tú para leerme.

Decisión pequeña y, sin embargo, difícil, pues todos o casi todos tenemos muchas cosas que hacer. Por eso decimos que no tenemos tiempo y nos sentimos apremiados por el curso de los días, molestos por los plazos que se nos echan encima y están a punto de desbordarnos.

Muchas veces nos disculpamos ante cosas que consideramos que deberíamos hacer —como acompañar a una persona que está sola, escribir una carta de felicitación a un amigo, acoger a un necesitado— con esta expresión: «Perdón, no tengo tiempo».

Tal vez pocos de nosotros imaginan que una experiencia tan cotidiana y, frecuentemente, tan desalentadora oculta un gran tesoro: el de nuestra llamada a disfrutar de un tiempo no desgastado por el ritmo inexorable del cronómetro, sino cargado de una plenitud que no desengaña; un tiempo de verdad, en exclusiva para

Traducción: Rafael Pérez Real

Diseño de cubierta: Estudio SM

© Edizioni Piemme

Via del Carmine, 5

15033 Casale Monferrato (AL)

Italia

© PPC S.A. Editorial y Distribuidora

Enrique Jardiel Poncela, 4

28016 Madrid

ISBN: 84-288-1123-7

Depósito legal: M-3736-1994

Fotocomposición: Grafilia, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta SM C/ Joaquín Turina, 39

28044 Madrid

nosotros y los demás; un tiempo que podemos pasar con alborozo, armonía, entusiasmo, frescura y paz.

Mi carta quiere abrirte la puerta al descubrimiento gozoso de un tiempo nuevo y real que ha entrado ya, o quiere entrar, en tu vida.

¿Qué clase de tiempo? ¿Cómo nos penetra y sana de nuestras neurosis y de la angustia del paso de los días? ¿Por qué no nos hemos fijado hasta ahora en este don espléndido y esta fantástica posibilidad? ¿De qué modo la acogida de ese don cambia nuestra vida?

Esta carta quiere responder a algunas preguntas como éstas. Espero que no tengas que decir después de haber leído las primeras líneas: «Perdón, no me queda tiempo para seguir leyendo», sino que sabrás reservarme algún retazo de tiempo que te permita escuchar la bonita noticia que quiero darte.

INTRODUCCIÓN

Estoy llamando a la puerta. Marana tha: ¡Ven, Señor!

Con esta carta me ha ocurrido lo mismo que con las otras, que he dudado mucho tiempo sobre su título. He barajado muchos, o me los han sugerido a decenas. Cada uno tenía sus ventajas o su sutileza, pero al final no me convencía y seguía buscando.

Finalmente, cuando casi me había decidido por el grito misterioso de *Marana tha, ¡Ven, Señor!*, opté por la afirmación *Estoy llamando a la puerta*. Lo hice así porque esa frase constituye la premisa de la invocación «¡Ven, Señor!». ¡Tú que estás realmente a la puerta, tú que estás llamando como amigo para entrar, decídetes, ven! ¡No quiero hacerte esperar más, te he reconocido, voy a abrirte con alegría!

Debemos explicar el significado de estos dos títulos.

1. En primer lugar, una explicación de *¡Marana tha!* Es una palabra aramea (la lengua hablada por Jesús) que significa «¡Ven, Señor!». Se trata de un grito surgido del corazón de los primeros discípulos que el propio san Pablo conservó en su dicción original, aunque él escribía en griego. En la primera carta a los cristianos de Corinto, el Apóstol concluye con estas palabras escritas con su puño y letra (generalmente dictaba las cartas a un secretario): «Este saludo final es de mi puño y letra: Pablo. Si alguno no ama al Señor, sea maldito. *¡Marana tha!* ¡Ven, Señor! Que la gracia de Je-

sús, el Señor, esté con vosotros. Os amo a todos vosotros en Cristo Jesús» (1 Cor 16,21-22). La carta está escrita en el año 57 d.C., pero la frase se remonta al comienzo del cristianismo. Es la invocación más antigua que conocemos de la comunidad cristiana. Con esas mismas palabras, pero en lengua griega, concluye el Nuevo Testamento: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

Todas estas invocaciones (cf. también Ap 22,17: «El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!») expresan el anhelo del hombre por un acontecimiento resolutivo que venga a sanar o rescatar su vida en un tiempo cargado de amargura, de angustia y de soledad. Es el anhelo por la venida del tiempo de Dios al tiempo del hombre.

2. ¿Vendrá ese tiempo? ¿Está viniendo? Y ¿cómo vivir mientras tanto? Interviene la afirmación que he elegido como título definitivo de la carta: *Estoy llamando a la puerta*. Es una cita recogida de la última de las siete cartas a las iglesias con las que se abre el Apocalipsis: «Mira que estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20). Es una expresión de incomparable densidad en la que ecos del Antiguo Testamento (por ejemplo Is 20,5) se unen a reminiscencias de palabras de Jesús (cf. Jn 14,23; Lc 22,29-30) para indicar la certeza de su venida, el carácter misterioso de la misma, la vibración de la espera, la alegría del encuentro inminente, la felicidad que éste traerá consigo para siempre.

El conjunto de estos sentimientos caracteriza la actitud a la que el Nuevo Testamento se refiere con frecuencia: la *vigilancia*. Es el modo de situarse una Iglesia que no vive abstraída sobre sí misma ni sólo sobre su presente, sino sobre su Señor y lo que Él prepara para el futuro de la humanidad.

Con la imagen del Señor que *está llamando a la puerta* (veremos posteriormente que se trata de una

imagen polivalente y sugiere una amplia gama de significados), voy a concluir el ciclo de los programas pastorales de estos años, dedicados respectivamente a la *educación* (1987-1990), a la *comunicación* (1990-1992) y ahora a la *vigilancia*.

¿Por qué «vigilar»?

La última enseñanza de Jesús, según el evangelio de san Lucas, es una exhortación a vigilar: «Velad, pues, y orad en todo tiempo, para que os libréis de todo lo que ha de venir y podáis presentaros sin temor ante el Hijo del hombre» (Lc 21,36). Ese mismo discurso termina así en la versión de san Marcos: «¡Cuidado! Estad alerta, porque no sabéis cuándo llegará el momento... Así que velad... Lo que a vosotros os digo, lo digo a todos: ¡Velad!» (Mc 13,33-37; cf. Mt 24, 42-51; 25,1-13). Y antes de su prendimiento, Jesús exhorta a los discípulos diciéndoles: «Quedaos aquí y velad... Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar ni siquiera una hora? Velad y orad para que podáis hacer frente a la prueba» (Mc 14,34.37-38; cf. Mt 26,38.40-41).

La exhortación a «vigilar», a «estar alerta», a «tener cuidado» la recuerdan los apóstoles y los discípulos en numerosas ocasiones: «Cuidad de vosotros mismos y de todo el rebaño... Estad alerta y acordaos de que durante tres años, noche y día, no me cansé de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros» (Hch 20,28.31). «Velad, permaneced firmes en la fe; sed hombres, sed fuertes» (1 Cor 16,13). «Vivid con sobriedad y estad alerta. El diablo, vuestro enemigo, ronda como león rugiente buscando a quien devorar» (1 Pe 5,8). Se trata de una *vigilancia sobre sí mismo* (cf. 2 Jn 8), sobre la propia conducta (cf. Ef 5,15) y sobre el ministerio recibido (cf Col 4,17).

La vigilancia que recomienda el Nuevo Testamento se refiere a todo el hombre —espíritu, alma y cuerpo— (cf. 1 Tes 5,23) y afecta a todas las esferas relacionales de la persona: la relación consigo mismo, con las cosas, con los demás y con Dios.

Los Padres del desierto se hacen eco de las exhortaciones neotestamentarias: «Sólo tenemos necesidad de un espíritu vigilante», dice *Abba Poemen*. Y san Basilio, el gran padre de la Iglesia, contemporáneo de san Ambrosio, termina sus *Reglas morales* preguntándose: «¿Qué es propio del cristiano? Vigilar cada día y cada hora para estar preparado a cumplir perfectamente lo que agrada a Dios, sabiendo que el Señor viene en la hora menos pensada». Afirma en una homilía: «No bastaría el día entero si comenzara a exponer toda la importancia del mandato: Cuidado contigo mismo, sé vigilante».

Vigilar, por tanto, no es una actitud marginal de la vida cristiana, sino que resume la tensión característica hacia el futuro de Dios al articularla con la atención y cuidado por el momento presente. La vigilancia resulta especialmente actual en tiempos de crisis o de extravío, es decir, cuando la falta de perspectivas históricas, unida a cierta abundancia de bienes materiales, amenaza con adormecer la conciencia en el disfrute egoísta de lo que se posee y se olvida la seriedad de la hora y la necesidad de opciones valientes y austeras.

Pues bien, ¡ese tiempo de crisis es el nuestro! Mientras nos preparamos a celebrar el segundo milenio del nacimiento de Cristo, la exhortación a vigilar se repite en los discursos de Juan Pablo II ya a partir de su primera encíclica, dada la importancia de este tiempo de vísperas del año 2000 (cf. *Redemptor hominis*, n. 1).

Vigilar viene a ser la síntesis de todo el ciclo de los programas pastorales diocesanos comenzados en 1980

con *La dimensión contemplativa de la vida*¹, pues los resume a todos al colocarlos en su ambiente, que es el de la *vida eterna* y divina que se nos ha dado en Cristo y que desembocará en la plenitud del encuentro cara a cara con el Padre en el Espíritu Santo para un tiempo sin fin.

Mi carta trata el tema de la «esperanza»², pero no para decir melancólicamente: «Hoy hay poca esperanza», o para exhortar retóricamente a tener más esperanza, sino para invitar a abrir el corazón a la espera vigilante del Señor Jesús, que irresistiblemente viene y nos inunda desde ahora con una esperanza sólida y luminosa. Muchas tristezas de los cristianos y numerosas angustias que roen los corazones de bastante gente provienen de la incapacidad de vigilar en vibrante espera de ese gran don y de ese gozoso encuentro. Debemos aprender a reconocer en nuestro tiempo cotidiano los signos de la venida de Jesús resucitado.

La vigilancia en el Nuevo Testamento no es una simple actitud ética hecha de atención, cuidado y sobriedad; es más bien una vigilancia movida por la espera de la vuelta del Señor Jesús, por la espera de la irrupción definitiva de la vida eterna y del Reino en la existencia de cada uno de nosotros y en toda la historia. Vigilar es una tensión interior, fruto de la esperanza cristiana orientada al futuro de Dios.

¹ Cf. *La dimensión contemplativa de la vida* (1980); *En el principio era la Palabra* (1981); *Atraeré a todos hacia a mí* (1982); *Salida de Emaús* (1983); *Hacerse prójimo* (1985); *Dios educa a su pueblo* (1987); *Itinerarios educativos* (1988); *Educación todavía* (1989); *Effatá, ábrete* (1990); *La orla del manto* (1991). Cf. también los apartados 7 y 8 del capítulo III de esta carta.

² Téngase presente la tercera de las preguntas que Kant pone al final de su *Crítica de la razón pura*, que él considera que definen al hombre. Son éstas: 1. ¿Qué puedo conocer? 2. ¿Qué debo hacer? 3. ¿Qué puedo esperar? Kant empalma la tercera pregunta con la tensión religiosa del hombre.

Evidentemente, no podemos considerar en estas páginas los horizontes ilimitados que la esperanza cristiana abre o evoca. Bastará con inspirarnos en ella para ilustrar la tensión espiritual y moral que tantísima importancia tiene hoy.

La carta comprende cuatro capítulos:

En el primero se examina nuestra incapacidad para reconocer los signos del Señor que llega. Esa incapacidad se resume en esa frase tan característica de nuestra vida cotidiana: «No tengo tiempo», entendida como signo de la neurosis típica de una sociedad que ignora el valor verdadero y el sentido del tiempo, y se deja llevar por el torbellino de la prisa y la angustia.

El segundo capítulo anuncia lo contrario: «¡Dios tiene tiempo para el hombre!». Nos ofrece el don de su «tiempo», es decir, de su modo de ser, de su vida, que inunda nuestro tiempo de gozo y expectación, y «está llamando a la puerta» precisamente para brindarnos ese don.

El tercer capítulo describe la ética de una comunidad que «está pendiente de la puerta» para abrir al Señor, que ha acogido el anuncio del tiempo de Dios que cambia los tiempos del hombre.

El cuarto capítulo presenta algunos «itinerarios de la vigilancia»: signos, tiempos y momentos en los que la esperanza cristiana transfigura el presente y lo rescata del ansia y la frustración para abrirlo a una esperanza de eternidad.

Podemos titular cada uno de los cuatro capítulos con una de las invocaciones del «Padre nuestro», la oración cristiana más antigua, del mismo Jesús, y que puede considerarse la oración del cristiano que vigila. Con la expresión «libranos del mal» pedimos que se nos libre de ese mal oscuro que es en el fondo el miedo de la muerte (I). «Santificado sea tu nombre» es la acción de

gracias y el júbilo por el tiempo de Dios dado al hombre (II). «Venga a nosotros tu Reino» connota la espiritualidad del cristiano que vigila y ora a la espera del Señor que viene (III). «Danos hoy nuestro pan de cada día» es la petición humilde de los signos e instrumentos (IV) que nos permitan perseverar vigilantes aun cuando «la noche es larga»³ y parezca que el Señor tarda en venir (cf. Mt 25,5).

³ Cf. *Liturgia ambrosiana de las Horas*, Lucernario de los Viernes de la III semana. También es significativo al respecto el estribillo *aunque es de noches del Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe*, de San Juan de la Cruz.

Capítulo primero

«NO TENGO TIEMPO»

Decimos y escuchamos tan a menudo la frase «no tengo tiempo», que nos parece el reflejo de una experiencia común. Percibimos de manera aguda la desproporción entre el tiempo que tenemos y las cada vez más numerosas oportunidades a nuestra disposición, juntamente con los múltiples plazos, urgencias y esperas que nos atosigan.

Sin embargo, ¿se aplacaría nuestra inquietud si pudiéramos prolongar ilimitadamente nuestro tiempo, si pudiéramos disponer, como tal vez podemos desear, de un día de cuarenta y ocho horas en vez de veinticuatro? Claro que conseguiríamos hacer más cosas (por lo menos eso creemos). Pero ¿es eso lo que necesitamos? Creo que no. La ansiedad que nos atrapa al pensar en el paso del tiempo no depende del número de horas de que disponemos.

Lo que nos acosa e inquieta no es la falta de tiempo en cuanto tal, ni la multitud de compromisos que parecen pesar sobre nosotros, o la complejidad de los problemas que debemos resolver. Más bien es la percepción del hecho de que el sentido de nuestra existencia depende estrictamente del tiempo. Nos damos cuenta —en algún momento como si una punzada nos alcanzara el alma— de que nuestra vida consiste exactamente en tener tiempo, y que no tenerlo significa morir.

Por otra parte, nada de lo bueno que conseguimos realizar u obtener logra detener el tiempo o retenerlo de forma estable y definitiva en nuestra vida. Apenas conseguido, todo debe hacer frente de nuevo al tiempo que pasa, con sus incógnitas y el declive que lo acompaña.

Por consiguiente, es el tiempo mismo con su paso inexorable, con su mudo lenguaje de finitud y con su implacable marcha hacia el final el que genera angustia y necesidad de huida. El tiempo que fluye resuena en nosotros como una revelación continua de nuestra condición de seres limitados y encaminados sin piedad ni escapatoria hacia la muerte. En el fondo, de esto es de lo que tenemos miedo y de lo que nos defendemos a toda costa.

Por dos caminos tratamos de eludir el problema del final inevitable del tiempo y de conjurar la imagen de la muerte que asoma en cada anhelo, grande o pequeño, de la vida. Son la ostentación de nuestro dominio sobre el tiempo y la obsesión de evitar a toda costa su dominio sobre nosotros.

Un historiador contemporáneo llega, mediante un amplio estudio del tema, a esta constatación: la marginación progresiva de la muerte en las modernas sociedades industriales⁴. Una verdadera prohibición de la muerte se ha impuesto en nuestros países, donde la medicación de la enfermedad y de la vejez, con el consiguiente secuestro de los pacientes y los ancianos hacia los márgenes del tiempo socialmente compartido, lleva cada vez más a considerar las situaciones límite como extrañas a las condiciones de la vida ordinaria.

⁴ P. ARIES, *Storia della morte in Occidente dal Medioevo ai giorni nostri*, Milán 1978; *L'uomo e la morte dal Medioevo a oggi*, Bari 1980.

Este fenómeno de conjuro del final es más vasto de lo que parece.

En las páginas siguientes quiero ayudar a desenmascarar esta operación de cosmética de la muerte que es, a la postre, una auténtica perversión del significado del tiempo, pues nos hace vivir una ilusión peligrosa, nos aleja de la comprensión auténtica de nosotros mismos y del único modo que tenemos de poseer realmente nuestra existencia.

1. La resistencia a ultranza: desafiar el tiempo con la ostentación del tener y el hacer

«La semilla que cayó entre cardos se refiere a los que... se ven atrapados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida» (Lc 8,14). «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por muchas cosas» (Lc 10,41). Las palabras de Jesús son el eco de una experiencia universal, que es la del deseo de expresar el presente hasta el máximo, la de la obsesión por aprovechar todos los instantes y recursos del tiempo de que se dispone para exaltar la importancia de lo que se es y de lo que se tiene.

«El tiempo es oro», dice un proverbio, y hay que esbabilarse para que rinda al máximo. El proverbio latino correspondiente es el *carpe diem*: ¡atrapa el instante fugaz! «Coged de vuestra alegre primavera / el dulce fruto, antes que el tiempo airado / cubra de nieve la hermosa cumbre».

Total, que si el tiempo pasa, persigámoslo sin tregua para disponer de él lo más que podamos. Si nos acucia, hagámosle frente con ímpetu para sacar de él todas las satisfacciones posibles antes de que nos derrote. Si nos roba la energía, sepamos prevenirnos con astucia llenándolo de bienes y comodidades sin perder

un solo instante. Son incontables los modos de llenar el tiempo con la ilusión de que lo poseemos.

En primer lugar, el *dinero*. Si el tiempo es oro, dinero, la acumulación de dinero y la libertad de gastarlo me persuaden de que soy dueño del tiempo, del mío y del de los demás. Y puedo llegar a pensar que mi tiempo vale mucho únicamente porque supone mucho dinero, o que el tiempo de los demás vale poco únicamente porque yo puedo comprarlo para mi provecho.

También la ambición de *poder*, entendido como exaltación de la fuerza, del éxito, de los buenos resultados en todos los campos de la vida, es un modo engañoso de poseer el tiempo. El poder, por ejemplo el político, buscado como fin en sí mismo, como embriaguez de la propia potencia y del propio dominio sobre el otro, genera la impresión de poder durar a despecho del tiempo y prolonga la fantasía de impedir su desgaste sin que nos atropelle.

A su vez, la espasmódica búsqueda de *placer* en todas sus formas tiende a neutralizar el tiempo, es un desafío a su caducidad. Llenar el día y la noche de excitaciones, concentrarse quisquillosamente en el esmero del propio placer corporal, del bienestar físico y psíquico, significa agarrarse a la vida biológica pensando que el tiempo de su disfrute es todo el bien de que podemos disponer.

Hacer ostentación de riqueza, poder, seguridad, salud y activismo son expedientes para conjurar la angustia del tiempo que se nos escurre de las manos. Hablaba de una «cosmética» de la muerte precisamente porque tratamos de embellecer la extinción del tiempo, que es símbolo de la muerte, exaltándonos con el consumo de bienes ilusoriamente duraderos. El conjuro funciona como un «truco» pensado para prolongar nuestra partida con la muerte. A pesar de todo, sabemos que la

partida no podrá durar infinitamente y que la muerte jugará la última carta.

¿Será posible que bajo esta verdad, que alimenta nuestra angustia, se esconda también otra verdad capaz de liberarnos? ¿Cabe pensar que en el afán que nos empuja a recorrer caminos ilusorios haya una provocación saludable que deberíamos valientemente poner sobre la mesa? Con otras palabras, ¿estamos tan seguros de que la muerte es, bajo todos los aspectos, el final del tiempo?

2. La evasión resignada: anestesiarse el tiempo con el culto de la negligencia y de la transgresión

«Procurad que vuestros corazones no se emboten por el exceso de comida, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, porque entonces ese día caerá de improviso sobre vosotros. Ese día será como una trampa en la que caerán atrapados todos los habitantes de la tierra» (Lc 21,34 ss).

En la orilla opuesta a la ilusión que pretende poseer el tiempo, se encuentra la melancolía de quien percibe su fluir como un hecho inevitable contra el que de nada vale luchar y más vale ahogarse en la evasión. Las dos actitudes —resistencia y evasión— están perfectamente ensambladas: puede decirse que la segunda es consecuencia de la primera cuando se hace clara la ilusión del tener y del hacer. En realidad, de algún modo pasamos de una a otra forma de sentir porque no podemos afirmarnos establemente en ninguna de las dos. Ni la misma desesperación puede durar indefinidamente, pues impone al hombre cierta decisión de salir de ella; la presión a la que le somete le obliga efectivamente a «tambalearse».

¿De qué modo se puede evitar realmente la deses-

peración? La forma trágica es optar por la muerte. El tiempo y su opresión se neutralizan del modo más radical con la anticipación drástica del final. Se trata de una opción que no suele asumirse, menos mal, la forma directa e inmediata del suicidio, sino que se presenta con formas más engañosas y no menos trágicas: las de una vida fundamentalmente «apagada». Una vida que sobrevive cronológicamente a su fin, de alguna manera anticipado y anunciado. Pienso en la droga real y verdadera, y en un cierto tipo de vida «drogada», en la que el hombre busca, en la esclavitud, algo que le evite el esfuerzo de pensar y de querer, una compensación a la incapacidad para proyectar su futuro. Esta búsqueda de éxitos tan humillantes y dramáticos, desgraciadamente es homogénea con la difusa y sutil legitimación ideológica del hedonismo contemporáneo que adorna el sometimiento al estímulo del placer con los valores de la emancipación y de la conquista de uno mismo.

Estar disponible a cualquier experiencia, juzgándola exclusivamente en atención a las sensaciones más o menos intensas que de ella se derivan, tal vez para demostrarse a uno mismo y a los demás un despreocupado dominio del tiempo; atreverse hasta el límite por el discutible honor de transgresiones que hacen que nos sintamos muy especiales. En esta búsqueda, que induce en realidad a dejarse devorar pasivamente por la ilusión de una eterna adolescencia, está el signo de una desesperada huida del tiempo. Ingenua estrategia la de la evasión, en la que el hombre se abandona del todo al consumo posiblemente irresponsable del tiempo, a través del cual trata de pasar como en una especie de placentero aturdimiento que haga insensibles a lo feo y penoso. Así se neutraliza el peso del tiempo sobre el que estamos obligados a reflexionar, a decidir y a ser responsables: el tiempo de la formación perso-

nal, de la convivencia familiar, de la aplicación al trabajo y del vínculo social, tiempos inevitablemente afectados por la rutina y la banalidad, por el riesgo y el cansancio, por el error y la culpa, por una serie de tensiones y sufrimientos muy difíciles de soportar y a los que preferimos no mirar a la cara.

Está claro que es intenso el impulso a esquivar el tiempo que transcurre. Radicada en la esfera más profunda de nuestra conciencia, la angustia del final surge en los lugares más imprevistos, hasta en lo íntimo de la conciencia religiosamente orientada. Se suscita incluso la sospecha de que algunas formas de las llamadas «nuevas religiosidades» están objetivamente en concomitancia con la huida intensa de la libertad que se describe como típica de nuestro tiempo. Se trata de formas que suelen caracterizarse por la exaltación «experimentalista» de la religión, lo que anima a dar prioridad a su uso excitante y anestésico. Frecuentemente están relacionadas con una precipitada aceleración «escatológica» de la historia, lo que libera a sus adeptos de toda responsabilidad ante la vida presente. En realidad no hay un verdadero ejercicio de la vigilancia, es decir, de la capacidad de aceptar la provocación del tiempo, que induce al hombre al riesgo de la libertad. A Dios no se le encuentra en la huida de la libertad o en la obsesión del final, ni tampoco al hombre.

3. Vigilar: estar atentos y tener cuidado

Hay otro modo de hacer frente al problema. Entre la ilusión de poseer el tiempo y la desesperación por su menoscabo, se encuentra una actitud completamente distinta, evocada por el término vigilar.

Vigilar significa en primer lugar velar, estar despiertos, permanecer alerta. La imagen más inmediata es la

de quien no deja que le sorprenda el sueño cuando el peligro amenaza, o un hecho extraordinario y emocionante está a punto de suceder. Vigilar significa atender con amor a alguien, guardar cuidadosamente algo que vale mucho, defender valores importantes que son delicados y frágiles. Vigilar, en cualquier caso, exige estar atentos, ser perspicaces, estar despiertos para entender lo que acontece, ser agudos para intuir la dirección de los acontecimientos y estar preparados para hacer frente a la emergencia.

Estar despiertos, por consiguiente, estar atentos, tener cuidado y vigilar. Vigila la esposa que espera al esposo, la madre que espera al hijo lejano, el centinela que escruta en la profundidad de la noche; vigila el enfermero junto al enfermo, el monje en la oración nocturna; vigilan los hombres y las mujeres que están preparados para recoger las señales de ayuda de sus amigos en peligro, de sus hermanos en el dolor, de su prójimo en dificultades; vigila la comunidad de los creyentes que reacciona con rapidez a la tibieza y al cansancio que la alejan del amor de los comienzos. Vigila una sociedad civil que advierte con prontitud los signos de su degradación, que se yergue contra la corrupción desbordante, que combate el desinterés por el bien común, que no se resigna al abandono de sus instituciones públicas y a la casualidad de los ritmos vitales que significan siempre el triunfo de los prepotentes y los astutos.

Vigilar es la capacidad de volver a encontrar el tiempo necesario para tener cuidado de la calidad no meramente clínica y comercial de la vida, el tiempo para aprender a reconocer el significado de nuestras emociones, impulsos y tensiones, para no removerlas con prisa excesiva anestesiando el posible disgusto que nos traen, lo que esteriliza la profundidad de la experiencia en la que podríamos introducirnos. La costumbre

del consumo superficial de sentimientos nos vuelve frágiles. Atribuir a la accidental inmediatez de las emociones una función decisiva para nuestra identificación y nuestra conducta («yo ahora me siento así, me comporto así, decido así»), nos expone al grave riesgo de conceder a la presión de las circunstancias un poder absoluto sobre nuestro destino. Si no estamos vigilantes, serán nuestros reflejos condicionados y no nuestro yo quienes decidan por nosotros. Ésta es una labor incompatible con la dignidad del hombre y curiosamente contradictoria en relación con la celosa defensa de la libertad individual, que tan claramente distingue a nuestra cultura.

De la esterilidad de las emociones y de la ilusión a la que nos expone una vida sentimental sin discernimiento, nos protege el cuidado vigilante del tiempo vivido. Podemos decir, sin embargo, que todas las formas de vigilancia, que ejemplifican las cualidades esenciales de la misma, son momentos peculiares de la gran vigilancia que es la existencia humana ante el tiempo definitivo que llega: el tiempo de la vida eterna con Dios, que es como la «gran fiesta» de la vida, a la que está destinado cualquier hombre que viene a este mundo, en espera de ser formalmente invitado a ella apenas sea capaz de decidir por sí solo.

Expresión de la dimensión vigilante del tiempo vivido es la espera cristiana del Señor que viene: *en el fluir del tiempo*, para rescatar el deseo del hombre y restituirlo a su libertad; *al final del tiempo*, para sellar el tiempo de la espera y la esperanza recíproca de una comunión irrevocable.

Vigilar es, por consiguiente, disponibilidad para cultivar, sin esconder la emoción que antes o después brota en cualquier hombre, el presentimiento de una profundidad de la vida y del tiempo, de los gestos y de las cosas, del cuerpo y del alma, que resuena en nues-

tra conciencia como una promesa. Una verdad del tiempo vivido que no nos proyecta simplemente «más allá», lejos de los trabajos y los días que acompañan los ritmos de nuestra vida cotidiana, sino que recorre su trama con un precioso hilo de delicados estremecimientos y fulgurantes intuiciones.

Es verdad que muchos acontecimientos llaman a mi puerta, que se me pide que tenga tiempo para muchas cosas y se me ofrece que lo comparta o lo ceda de múltiples maneras. En el tiempo de nuestra existencia alguien llama siempre a nuestra puerta; en momentos decisivos, esta llamada nos parece enigmática y anónima. Los hombres hablan de la «suerte» que llama a la puerta, y, con más frecuencia, del «destino». En cualquier caso, y para todos, se trata del final del tiempo y de la muerte, que tal vez acepta un último desafío a una partida de ajedrez —como en la conocida película de Bergman—, pero que al final, de ningún modo espera que se la invite a entrar en nuestra casa.

Pero si permanezco vigilante y trato de tener despiertos los sentidos y el espíritu frente a todo lo que el tiempo mueve cerca de mi casa, podré reconocer en los golpes que suenan en mi puerta la voz del Señor y distinguir el tono amistoso que pide entrar a cada instante. La angustia del futuro y de la muerte suavizará así su ahogo mortal y la zozobra del presente se disipará en la emocionante tensión de la espera.

La soledad en la que terminamos por encontrarnos puede ser vencida si llegamos a saber que hay alguien llamando a la puerta de nuestro tiempo en actitud amiga. Si aprendemos a escuchar, su voz vence al miedo y rompe el aislamiento. Ya no soy entonces prisionero del tiempo ni rehén de un destino anónimo que envuelve a las cosas con paso efímero a través de la caducidad. Alguien llama a mi puerta para compartir su tiempo conmigo y dar a mi tiempo una dignidad y una

perspectiva que no se me habría ocurrido esperar. Si aprendo a cultivar la espera y a vivir el tiempo abandonado en la afectuosa contemplación del Señor —como hace la Esposa— y en la escucha activa del Espíritu, que despierta a los miembros entorpecidos de la sombra de la muerte, puedo hacer bastante más que sobrevivir al miedo y hacer frente a la angustia. Puedo vigilar sobre cuanto tengo de más hermoso, custodiando los valores que he aprendido ya a apreciar y enriqueciendo los talentos que se me han confiado.

En la perspectiva del Señor que viene, el tiempo se dilata, se recompone en la paz y asume cualidades y perspectivas que reconcilian los afectos del corazón con la sabiduría de las cosas. La experiencia del tiempo no se desliza ya por la superficie de los sentidos hasta caer en la melancolía del espíritu, porque se convierte en experiencia sabrosa y profunda de la vida presente, que es ciertamente vida mortal, pero no destinada a la muerte. Es una vida que el propio tiempo conduce hacia la vida de Dios, la misma de la que vive el Hijo que se hizo hombre para siempre; que conduce hacia la vida del Espíritu que guarda celosamente para nosotros los afectos y los efectos del amor con vistas a la resurrección de la carne. Hablaremos más en concreto de esto en el próximo capítulo.

Capítulo segundo

ESTOY LLAMANDO A LA PUERTA: DIOS TIENE TIEMPO PARA EL HOMBRE

Si somos cristianos practicantes, estamos acostumbrados a ir a la iglesia. Sabemos que Dios nos convoca en su casa para orar, escuchar su Palabra y celebrar la Eucaristía.

Pero todos debemos acostumbrarnos, y no sólo los practicantes, a la idea de que el Señor viene también a nuestra casa, viene a llamar a la puerta de nuestra vida, viene a buscarnos a los sitios y en los tiempos de nuestra existencia cotidiana, viene a ofrecernos, o a fortalecer, un vínculo de amistad. Debemos aprender a empalmar estos dos aspectos: nosotros nos presentamos en la casa del Señor para que Él nos escuche, pero antes el Señor se presenta en nuestra casa para que lo acojamos en los lugares de nuestra existencia.

La llamada del Señor a nuestra puerta tiene un significado aún mayor: quiere hacernos partícipes de su tiempo, de su vida y de su eternidad.

En este segundo capítulo de la carta estamos invitados a reflexionar sobre este hecho extraordinario: Dios tiene tiempo para nosotros, llama a nuestra puerta para invitarnos a entrar en su tiempo y en su ser. Todo lo que podemos decir sobre la vigilancia cristiana y sobre nuestra capacidad de conjurar la muerte para vivir en

plenitud la vida, se funda en el don que Dios nos hace de su tiempo, de su amor y de su intimidad.

Partiremos de una afirmación bíblica: Dios vigila el tiempo del hombre. Luego contemplaremos el origen de todo esto en el misterio de la Trinidad, veremos sus consecuencias para algunas actitudes de fondo, recordaremos brevemente los momentos conductores según los cuales se acompañan en la tradición las realidades últimas: muerte, juicio, infierno y paraíso, y qué esperanzas son posibles para el futuro de la condición humana aquí en la tierra. Terminaremos diciendo algo sobre la relación entre nosotros y las realidades invisibles en la oración.

1. Dios vigila el tiempo del hombre y se preocupa de él

«El Señor guarda tus idas y venidas, ahora y por siempre» (Sal 121,8). El Dios de la Biblia cuida el tiempo del hombre y vigila sobre nosotros a lo largo del acontecer humano: «Y como velé sobre ellos para arrancar y arrasar, para derribar y destruir y para acarrear calamidades, así velaré sobre ellos para edificar y plantar» (Jr 31,28). Cada fragmento del tiempo es custodiado y vigilado por la fidelidad de su amor.

La vigilancia de Dios sobre el tiempo y su presencia como centinela del mismo le da una dignidad y un valor incalculable. El tiempo del hombre es el séptimo día de Dios, del que el relato de la creación dice que es santo: «Bendijo Dios el día séptimo y lo consagró» (Gn 2,3). ¡Es el tiempo del Padre que vigila a la espera de que vuelva el hijo que se marchó (cf. Lc 15,20) para que no se sienta definitivamente perdido! El tiempo entonces no es espacio vacío o lugar neutro, sino participación en la vida divina, dimanación de Dios, venida de Dios

y futuro abierto a Dios en cada instante. El tiempo refleja la dimanación, la venida y el futuro del Amor eterno.

2. Dios viene en nuestro tiempo

Con la encarnación, el Hijo de Dios, enviado por el Padre, hace suyo el tiempo de los hombres hasta llegar a desear su compañía: «Siento una tristeza mortal; quedaos aquí y velad conmigo» (Mt 26,38). De este modo, Jesús conoce nuestra angustia y nuestra situación ante la muerte: «Comenzó a sentir tristeza y angustia» (Mt 26,37).

La resurrección de Jesús y la efusión del Espíritu asientan en nuestro tiempo la victoria sobre la muerte: «Y si el Espíritu de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó a Jesús de entre los muertos hará revivir vuestros cuerpos mortales por medio de ese Espíritu Santo que habita en vosotros» (Rm 8,11).

La misión del Hijo y la del Espíritu revelan la profundidad de la relación entre el Dios vivo y el tiempo de los hombres. El tiempo viene de la Trinidad y se crea con la creación del mundo; se desarrolla en el seno de la Trinidad, pues todo lo que existe, existe en Dios, en el que vivimos, nos movemos y existimos; está destinado a la gloria de la Trinidad cuando todo se someta al Hijo y Éste se someta al Padre para que Dios sea todo en todas las cosas (cf. Cor 15,28). Vivir seriamente el tiempo es, pues, vivir en la Trinidad, y tratar de evadirse del tiempo es huir del seno divino que nos acoge. El cristianismo no es la religión de la salvación *desde* el tiempo y *desde* la historia, sino *del* tiempo y *de* la historia.

3. Llamados a tener tiempo para Dios: «¡Lázaro, sal fuera!» (Jn 11,43)

El «reconocimiento» de Dios como Señor de la propia vida equivale a resurgir a una vida nueva, a acceder a una existencia auténtica. Cuando todavía dudaba sobre el título que debía poner a esta carta, uno de los que más me atraían se refería al relato de la resurrección de Lázaro (cf. Jn 11,1-44). Pensaba en la expresión «¡Sal fuera de la prisión del tiempo!», para indicar que quien escucha la voz de Jesús, deja que le despierten del sueño mortal de la ilusión de poseer el tiempo y de la desesperación que nos empuja a evadirnos de él. La ilusión y la desesperación cierran nuestra vida a la acción de Dios. Tenemos necesidad de que nos liberen del aislamiento, de la prisión. «¡Lázaro, sal fuera!» (Jn 11,43) es el grito que el Señor hace oír en el tiempo para liberarnos no sólo de la cadena de la muerte, sino también de la del tiempo vivido en la ilusión y la frustración. Quien se deja resucitar, como Lázaro, por el Dios que se le acerca y llora sobre su criatura manifestándole su gran amor (cf. Jn 11,33-36), vive la experiencia de la liberación de la falta de sentido, de la angustia de un tiempo cerrado al horizonte de la eternidad.

La vigilancia que se le pide al cristiano consiste en vivir los días en el horizonte del Dios que vino, que viene y que vendrá. Referir a Él la propia vida, reconocer en Él el último sentido y la última patria que da valor y sabor a todas las opciones y pasos en el tiempo, significa responder con amor al amor con el que Dios nos ha amado y tiene tiempo para nosotros.

Decir a alguien: «¡Lázaro, sal fuera!», significa ofrecerle la alegría y la paz de saborear el presente como la hora de la venida del Señor, como espera de su vuelta para tomarnos consigo en la gloria.

4. Llamados a tener tiempo para Dios: las doce horas luminosas (cf. Jn 11,43)

Al presentar el episodio de la resurrección de Lázaro, el evangelista recuerda una palabra misteriosa de Jesús que quiere animar a sus discípulos a hacer frente al peligro superando el miedo de subir con Él a Jerusalén: «¿No es cierto que el día tiene doce horas? Cualquiera puede caminar durante el día sin miedo a tropezar, porque la luz de este mundo ilumina su camino. En cambio, si uno anda de noche, tropieza porque le falta la luz» (Jn 11,9-10).

El Señor conoce la ambigüedad oculta en el tiempo del hombre: está en nuestras manos la elección de vivir en la luz o en las tinieblas. Vigilar es decidir caminar en las horas luminosas del día creyendo en quien nos dice: «Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12).

Vigilar es seguir a Jesús, elegir lo que Él eligió, amar lo que amó, conformar la propia vida con el modelo de la suya. Vigilar es tener la percepción de vivir cada instante del tiempo en el horizonte del amor con el que Dios nos ama en Jesús y con el que quiere que nosotros le amemos en Él y con Él.

5. La esperanza

Las doce horas del día (cf. Jn 11,9) se viven plenamente a la luz cuando se viven en la esperanza. La esperanza no es sólo la perspectiva de un bien futuro arduo, aunque posible de conseguir; es la anticipación de las cosas futuras prometidas y dadas por el Señor, que ha tenido tiempo para el hombre?; es el terreno de un adviento en el que el mañana de Dios viene a tomar

un cuerpo en el presente de los hombres. Es la hermana más pequeña, como dice Péguy, que coge de la mano y guía hacia la meta a las dos mayores: la fe y la caridad⁵. El presente se abre en la esperanza al horizonte de la eternidad y la eternidad viene a plantar sus tiendas en el presente. Gracias a la esperanza, el tiempo cuantificado (que nunca nos basta, que siempre es poco) se convierte en tiempo cualificado, en hora de la gracia, en tiempo favorable, en presente de la salvación, en momento saboreando en paz.

La esperanza es la condición filial (ser hijos del Padre celestial en Jesús, que es el culmen de la vida cristiana) vivida con perspectiva de futuro, pues «ahora somos ya hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es» (1 Jn 3,2). Y la vigilancia es la actitud de quien tiene una esperanza firme, no permitiendo que sea acechada su condición de hijo, manteniendo la tensión del deseo de ver el rostro del Padre y defendiéndola de decaer en el presente o de dejarse atrapar por las banalidades cotidianas.

El *ya sí*, acogido con fe y vivido en el amor, se proyecta hacia el *todavía no* de la promesa gracias a la esperanza. Por eso la esperanza es la otra cara de la vigilancia, la marcha consciente, libre y decidida hacia a Aquel que, habiendo venido una vez, sigue viniendo

⁵ «El pueblo cristiano ve sólo las dos hermanas mayores, la de la derecha y la de la izquierda, y casi nunca ve la que está en medio. [...] En medio, entre las dos hermanas mayores, la esperanza da la impresión de dejarse arrastrar como una niña que no tiene fuerza para caminar, pero en realidad es ella quien hace que las otras dos caminen. Y la que las arrastra, la que hace caminar al mundo entero, arrastrándolo. Las dos mayores caminan sólo gracias a la pequeña» (Ch. Péguy, *La porche du mystère de la deuxième vertu*, en *Oeuvres poétiques complètes*, Paris 1957, 539-540).

a nosotros hasta que se cumplan los tiempos y venga en su gloria.

6. Vida y muerte a la luz de Cristo y de su Pascua

El Dios que hizo suyos el tiempo y la muerte, nos dio su vida en el tiempo y para la eternidad. La Pascua del Señor revela la solidaridad del Dios viviente con nuestra condición de moradores del tiempo y al mismo tiempo nos da la garantía de estar llamados a convertirnos en los moradores de la eternidad. En la resurrección de Cristo se nos promete la vida, igual que en su muerte se nos asegura la proximidad fiel de Dios al dolor y la muerte. La Pascua es el acontecimiento divino en el que se nos revela y promete el destino del tiempo hacia su feliz cumplimiento en la comunión con Dios.

El espacio temporal que hay entre la ascensión y la vuelta de Jesús en la gloria, aparece así como el despliegue del misterio pascual en todas las vicisitudes humanas. En el sufrimiento y la muerte, que caracterizan todavía nuestra historia, se hace presente el sufrimiento de la Cruz, para que la vida del Resucitado sea probada anticipadamente por quien recorre con Cristo su éxodo pascual. Toda la vida del cristiano es una peregrinación continua de muerte y resurrección vividas con Cristo y en Cristo en el Espíritu, incluso llevando a Cristo en nosotros, «esperanza de la gloria».

Vigilar es aceptar el continuo morir y resucitar como una ley de la vida cristiana. Las condiciones de la vigilancia evangélica no son, por tanto, el estancamiento o la nostalgia, sino la perenne novedad de vida y la alianza celebrada siempre de nuevo con el Señor Jesús que vino y que viene.

A la luz del acontecimiento pascual se comprende entonces el pleno significado cristiano de la *muerte fi-*

sica, última vicisitud visible de nuestra existencia. La muerte es un acontecimiento pascual marcado al mismo tiempo por el abandono y la comunión con el Crucificado y Resucitado. Como Jesús, abandonado en la Cruz, cada moribundo experimenta la soledad del instante supremo y su laceración dolorosa. ¡Morimos solos! Sin embargo, como Jesús, quien muere en Dios sabe que le acogen los brazos del Padre, quien colma en el Espíritu el abismo de la distancia y hace que germine la eterna comunión de la vida. Por eso la muerte es para la gran tradición cristiana el *dies natalis*, día del nacimiento en Dios y de la salida del seno oscuro de la Trinidad creadora y redentora para contemplar sin velos el rostro de Dios, en unión con el Hijo, en el vínculo del Espíritu Santo.

7. Los otros «novísimos» a la luz de la Pascua

Todo lo que sigue a la muerte la fe lo lee a la luz del acontecimiento pascual de Jesús.

El *juicio* es el encuentro con Él, que es quien alcanza a la persona con su mirada penetrante y creadora y la lleva al pleno conocimiento de la verdad sobre sí misma ante la verdad eterna de Dios. Su vigilante anticipación se verifica en la confrontación de la conciencia con la Palabra, en la celebración del sacramento, especialmente el de la reconciliación; en el encuentro con el hermano necesitado de ayuda.

El *infierno* es la condición insoportablemente dolorosa de la separación de Cristo, de la exclusión eterna del diálogo con el amor divino. Trágica posibilidad, pero necesaria si se quiere tomar en serio la libertad que Dios ha dado al hombre de aceptarlo o rechazarlo. El infierno, en cuanto posibilidad radical, evidencia la dignidad suprema de la vida humana, el sumo valor de la

vigilancia y lo trágico del mal. Precisamente por esto y en todo esto, se hace evidente el amor de Dios que, creándonos sin nosotros, no nos salvará sin nosotros. Él, que nos amó cuando todavía éramos pecadores, estará lejos de nosotros sólo si nos obstinamos en mantenernos separados del Él.

El *purgatorio* es el espacio de vigilancia extendido misericordiosa y misteriosamente en el tiempo después de la muerte. Es una participación en la pasión de Cristo para la última purificación que nos permitirá entrar con Él en la gloria. La fe en el Dios que ha hecho suya nuestra historia es el verdadero fundamento de creer en una historia posible todavía después de la muerte para quien no creció cuando podía y debía en el conocimiento de Jesús. La anticipación de ese espacio es el tiempo dedicado al cuidado de la delicadeza del espíritu que se nutre de sobriedad, de desapego, de honestidad intelectual, de frecuentes exámenes de conciencia, de transparencia del corazón, de unificación de la vida bajo la dirección de la sabiduría evangélica, así como de la ascesis y de la purificación necesarias para sentirnos fuertes ante la tentación. Es desatarnos de la inercia de nuestras culpas y liberarnos de la opacidad de nuestros malos hábitos.

El *paraíso* es estar eternamente con el Señor en la bienaventuranza eterna del amor sin fin: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43). La palabra del Crucificado al ladrón arrepentido es la revelación de lo que es el paraíso: «estar con Cristo», vivir eternamente en Él el diálogo de amor con el Padre en el Espíritu Santo. Esta relación con el Señor, de una riqueza que no podemos imaginar, es el principio esencial, el fundamento mismo de cualquier felicidad existencial. La vigilancia se ejercita en la anticipación del gozo del encuentro con el Señor y en la alegría de la comunión fraterna vivida con todos los que comparten el mismo deseo.

La figura de esta anticipación es tan profunda y delicada que nos hace comprender la importancia de la vida contemplativa, aunque lo fundamental de la anticipación pertenece a cualquier vida de fe, llamada a convertirse en experiencia vivida confidencialmente con el Señor y confiando en su tierna solicitud. La espiritualidad del Cantar de los Cantares —así lo enseña una tradición espiritual constante y siempre renovada del cristianismo— es, por tanto, una dimensión vital de nuestra relación cotidiana con Dios. Es el tiempo del enamoramiento, destinado a consumarse en la exuberancia del amor, que debe atenderse, guardarse y embellecerse en la intimidad de un diálogo que llega a las fibras más sensibles de nuestro corazón.

Finalmente, a la luz de la resurrección de Jesús, podemos intuir algo de lo que será la *resurrección de la carne*. En ella, estar con Cristo se extenderá hasta el abrazo de la plenitud de la persona y la totalidad de la experiencia humana incluso en su dimensión corporal, del mismo modo que la resurrección del Crucificado en la carne llevó a la vida eterna la carne de nuestro cuerpo mortal, asumida como propia por el hijo de Dios. La anticipación vigilante de la resurrección final está en cualquier belleza, en cualquier alegría, en cualquier profundidad jubilosa que alcanza también al cuerpo y a las cosas, conducidas a su propio destino, que es el de las obras del amor.

No olvidemos que el cristianismo, con altibajos, ha librado una dura batalla para rechazar el impulso que quiere llevar al desprecio del cuerpo y de la materia en favor de una exaltación mal entendida del alma y del espíritu. La exaltación del espíritu mediante el desprecio del cuerpo, como la exaltación del cuerpo mediante el desprecio del espíritu, son, de hecho, la semilla maligna de una división del hombre que la gracia anima a combatir y vencer. La vigilancia consiste en el ejercicio

cotidiano de los sentidos espirituales, es decir, de los mismos sentimientos que tuvo Jesús en fomentar la sabiduría evangélica que unifica la experiencia y nos permite apreciar los lazos finos y profundos entre cuerpo y el espíritu. De este modo, podemos cuidar ya desde ahora, a la espera de que se realice la promesa de la resurrección de la carne, el placer de la libertad del cuerpo de todo lo que es falso y obtuso, sucio y vulgar, ávido y violento.

La fe en la resurrección final nos ayuda, por tanto, a valorar y amar el tiempo presente y la tierra. La vigilancia cristiana, iluminada por el horizonte definitivo, no es una huida del mundo, sino la capacidad de vivir la fidelidad a la tierra y al tiempo presente, siendo fieles al cielo y al mundo que vendrá. A la luz de la Pascua, los novísimos —muerte, juicio, infierno, purgatorio, paraíso y resurrección final de la carne— son formas de estar con Cristo, que se promete y se da al morador del tiempo, y se configura según la relación que se establece, con la vigilancia o el rechazo, entre cualquier persona humana y el Señor Jesús.

8. ¿Qué podemos esperar para esta tierra?

La esperanza cristiana corre también el riesgo de una doble reducción: o sólo a la de las expectativas celestiales de la otra vida, o (al menos como concentración psicológica) a los anticipos terrenales (¡el Reino de Dios está ya del todo presente aquí!), como en el caso de algunos postulados de la teología política. En la práctica, difícilmente evitamos uno de los dos extremos, pues somos limitados y nos resulta difícil abarcar a la vez todo el horizonte del hombre. Debemos equilibrar constantemente nuestro pensamiento y nuestro lenguaje para comprender la unidad que mantiene una junto a

la otra las esperanzas terrenales —de las que la Biblia habla con frecuencia— con las invisibles y definitivas, que son las que dan su sabor a todo lo demás. No hay oposición entre ambas, y si es comprensible alguna oscilación en la intensidad de la esperanza de los cristianos (unas veces más sobre la otra vida, otras más sobre los bienes mesiánicos de ésta como anticipo del mundo futuro), nunca podemos permitir la falta de esperanza, la resignación amarga y el escepticismo.

Hemos hablado anteriormente de lo que esperamos en la muerte y después de ella. Detengámonos un poco sobre lo que esperamos en la vida terrenal para cada uno de nosotros y para la colectividad humana.

Esperamos para nosotros ya desde ahora lo que se expresa en el Evangelio y en las Cartas apostólicas: júbilo por la filiación divina (cf. Jn 3,1-2), seguridad de estar en las manos de un Padre bueno (cf. 1 Pe 1,3 ss; 1,17-21), justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo (cf. Rm 14,17), consuelo interior (cf. 2 Cor 1,3-7), expresiones todas ellas de la frase «cien veces más en el tiempo presente» (cf. Mc 10,28-30), que sólo puede intuir y gustar quien lo deja todo decididamente para seguir a Jesús pobre y crucificado. Esperamos para todos nosotros lo que es objeto de la oración que nos enseñó Jesús: el pan para hoy, el perdón, que nos defienda de la tentación y nos libre del mal. Trataré de expresar, a partir de la esperanza eterna, las esperanzas temporales de la colectividad humana ⁶.

1. Siguiendo a Jesús y confiando totalmente en Él, podemos esperar en primer lugar que se realice de ma-

⁶ Cf. M. KEHL, *Eschatologie*, Würzburg 1986, 216-220. Una presentación sintética de las esperanzas históricas del cristiano se tiene en la Constitución conciliar *Gaudium et spes*, especialmente en los nn. 9.10.11.26.

nera positiva la historia humana con la totalidad de su ámbito cultural y natural. Podemos esperar que se conseguirá una armonía definitiva de las realidades humanas, sociales y naturales, en la plenitud del Reino de Dios.

2. El Reino de Dios se realiza en parte ya en la tierra, por todos los sitios en los que, gracias al Espíritu de Cristo, aparecen signos de conversión a la paz, a la justicia y a la comunión. En esos sitios, la fuerza destructora del pecado, de la guerra y de la injusticia se encuentran con una reacción ofensiva, la pobreza se suaviza, el sufrimiento encuentra consuelo, la enemistad se reconcilia y la naturaleza hace las paces con el hombre. Cada pequeña señal social de este tipo y cada encuentro de hermanos y hermanas que se realiza con la victoria del don sobre el cálculo es una degustación del Reino definitivo y puede esperarse como don de Dios.

3. La formación de una red de estas realizaciones del Reino de Dios ahora y su cristalización en alianza por toda la tierra, en constante combate contra el mal y contra la degradación, es lo máximo que podemos esperar para nuestra historia. Ya así, requiere todo nuestro esfuerzo, constante vigilancia, un gran espíritu de sacrificio y una confianza invencible en las energías del Reino. Y es que el rebotamiento de la injusticia, la búsqueda desenfadada de las propias comodidades, las peleas y enemistades y la explotación salvaje de la naturaleza amenazan continuamente con sumergir los ámbitos de la esperanza.

4. La Iglesia, como comunidad de quienes profesan explícitamente su esperanza en la llegada del Reino, es la comunidad en la que, desde ahora y de manera privilegiada, se pueden y deben realizar algunos signos de la presencia de la paz y de la justicia del Reino. Es algo que puede y debe verificarse no sólo en el ámbito

de la comunidad (cf. Hch 2,42-47; 4,32-35), sino como irradiación y fuerza transformadora hacia fuera, como es en el caso de la Iglesia, que une razas, naciones y clases sociales en un modelo de unidad universal, y que trabaja con todas las personas de buena voluntad por un futuro en la tierra que sea más digno del hombre. En este cuadro se sitúa la «doctrina social» de la Iglesia, entendida como una moral social que proyecta para todos los hombres (y no sólo para los creyentes) ideales históricos concretos. «El cristiano no puede contentarse con principios religiosos. Debe entrar en la historia, hacerle frente en su complejidad y promover todas las realizaciones posibles de los valores evangélicos y humanos de la libertad y la justicia» (*Educación para la legalidad*, Nota pastoral de la comisión eclesial Justicia y Paz, octubre 1991, n. 5).

5. Cada uno de nuestros esfuerzos auténticos, en las direcciones que acabamos de indicar, es consciente del hecho de que la fuerza del pecado y la injusticia está siempre en acción y se opone continuamente a los ideales del bien. Por consiguiente, no esperemos, como objeto de la esperanza teológica, el momento en que las fuerzas del mal sean definitivamente vencidas en la tierra (cf. Mt 13,24-30.36.43.47-50), ni cabe excluir que la malicia de los hombres pueda precipitar a la historia a una catástrofe del mundo humano y de lo que le rodea. Estamos en actitud de lucha perenne y no obstante tenemos la seguridad de que la fuerza del Espíritu no nos faltará nunca; de que nadie que invoque con fe el nombre del Señor sucumbirá a la tentación; de que la Iglesia se mantendrá hasta el último momento de la prueba como refugio seguro de cuantos confían en ella.

6. Sabemos que las fuerzas del mal y de la injusticia no conseguirán destruir lo que ha sido construido por la gracia del Espíritu de amor. Hasta en los momentos más oscuros, como en el de la muerte de Jesús, el

amor y el perdón de los justos vencen el odio y abren de par en par los horizontes de la vida.

7. Nuestras esperanzas para esta vida, por consiguiente, pueden en gran parte permanecer ocultas a los ojos de la historia y ser claramente perceptibles sólo a los ojos de la fe y de la esperanza. Quien tiene esos ojos, lucha con amor por la justicia, por la paz, por una mayor igualdad de la humanidad, por el equilibrio de la naturaleza; se compromete en «utopías realistas», como la de la visión de una nueva humanidad propuesta en la enseñanza social de la Iglesia, y trabaja, aun con sus límites, por la afirmación de los valores del Reino, seguro de que permanecerán eternamente y de que son un anticipo de la plenitud que, confiados y seguros, esperamos sólo de Dios.

Sobre esta base es posible construir una ética realista de la esperanza, lo que veremos en el próximo capítulo.

9. La conversación celestial

Jacques Maritain, en una conferencia que dio en Tolosa a los Pequeños Hermanos de Charles de Foucauld en 1962, describió con sencillez y profundidad la relación tierna y misteriosa que nos une a cada uno con los miembros de la Iglesia que nos han precedido en el Reino Eterno. Recuerda que quienes están ante Dios no dejan de interesarse acerca de las realidades por las que se afanaron en la vida terrenal y que ahora contemplan a la luz de Dios. Con ellos (padres, familiares, amigos, santos protectores, sacerdotes que nos precedieron en el ministerio) podemos ponernos en contacto y confiarles lo que nos preocupa y les preo-

cupó también a ellos, por lo que se afanaron y salieron⁷.

Y la conversación más tierna e incesante debe establecerse con la Virgen María, Reina del mundo, Madre de la Iglesia y de todos los hombres, y sobre todo con Jesucristo, Redentor de la humanidad.

La oración es, pues, la expresión primera y principal de la vigilancia y de la esperanza cristiana. Ningún programa pastoral sobre la vigilancia tendrá eficacia si no se amasa con la experiencia de oración que constituye el banco de prueba cotidiano y el horno encendido de purificación de la esperanza. Quien ora constante e intensamente sabe qué es la vigilancia y hasta en la prueba ve que brota en él una esperanza que no falla (cf. Rm 5,2-5). Por tanto, si queremos llegar a una percepción real, y no puramente teórica, de lo que he explicado en las páginas precedentes, debemos escuchar las exhortaciones apremiantes de Jesús y de los apóstoles: Es necesario «orar siempre sin desanimarse» (Lc 18,1); «Velad y orad, para que podáis hacer frente a la prueba» (Mt 26,41); «Perseverad en la oración con espíritu vigilante y agradecido» (Col 4,2).

⁷ Cf. J. MARITAIN, *A propos de l'Eglise du ciel*. Reflexión del 28 de mayo de 1962 a los Pequeños Hermanos de Jesús de Tolosa.

Capítulo tercero

VIVIR EL TIEMPO PRESENTE A LA ESPERA DE SU VENIDA

Después de la reflexión antropológica (capítulo primero: «*No tengo tiempo*») y teológica (capítulo segundo: «*Estoy llamando a la puerta: Dios tiene tiempo para el hombre*»), paso a la reflexión ética: ¿Qué significa vivir el tiempo presente con la esperanza en el Señor que viene? ¿De qué modo la mirada dirigida a la eternidad da contenido y vigor a las actitudes y opciones que adopta el hombre en el presente?

La respuesta se articulará en distintas fases.

En primer lugar, hablaré de la exigencia decisiva y principal que se deriva de la mirada puesta en el futuro de Dios, es decir, del discernimiento, que es la capacidad de distinguir las cosas esenciales de las accesorias, las últimas de las penúltimas, las que pasan y las que se mantienen; y no para despreciar los bienes accesorios, ni los penúltimos o los que pasan, sino para tener un criterio de valor que permita acogerlos y vivirlos en su plenitud relativa, en su verdadera belleza y en su bondad auténtica.

Luego nos preguntaremos qué actitud espiritual permanente caracteriza y sostiene la capacidad de leer las cosas penúltimas a la luz de las últimas: es la de una *espiritualidad* con connotaciones de la alegría de una expectación *trepidante* del Reino —«y no me altera / la

larga espera»⁸—, una espiritualidad de las *bienaventuranzas* a las se prepara uno mediante un sano ejercicio *ascético*.

Examinaremos también algunos grandes desafíos *culturales* y *civiles* de la vigilancia en nuestro tiempo, en los que pueda emparejarse la fidelidad al presente con la fidelidad al mundo que debe venir.

Finalmente nos preguntaremos sobre la *Iglesia* como lugar por excelencia en el que se *espera la venida del Señor*. ¿De qué manera afecta la vigilancia a la vida del pueblo de Dios y es estímulo a una *continua conversión* y reforma?

1. Discernir lo último y lo penúltimo: una ética de la vigilancia

Vivir a la espera de la vuelta del Señor no es una huida de la historia; es vivir con mayor plenitud todavía la historia en el horizonte de su destino final.

La actitud evangélica de la vigilancia funda así una ética del discernimiento: quien espera al Señor se sabe llamado a vivir responsablemente cada acto en la presencia de su Dios y comprende que el valor supremo de cualquier opción moral está en el esfuerzo de agradar a Dios y santificar su Nombre con el cumplimiento de su voluntad.

Dios, como horizonte último y patria verdadera, se convierte en el criterio de la decisión moral. El discernimiento de lo que es penúltimo en relación con lo que es último y definitivo, se ofrece como la forma concreta con que se ejercita la responsabilidad ética.

⁸ Recojo la cita de la famosa romanza de la ópera *Madame Butterfly*, de Giacomo Puccini.

Fijándonos en el misterio pascual como estatuto de la vigilancia cristiana, se podría decir que, desde la perspectiva moral, la esperanza de la resurrección es la muerte y resurrección de las esperanzas humanas. Esta esperanza demuestra la miopía de todo lo que es inferior a Dios y funda al mismo tiempo el valor de todo gesto de amor auténtico. En esta luz, los temas decisivos del nacer y el morir adquieren su significado más profundo: nacer es ser llamados a un destino de eternidad que a nadie es lícito manipular o pretender interrumpir, y morir es ir al encuentro de la realización de ese destino, con toda la dignidad del ejercicio de la libertad que se nos da, para agradar a Dios y santificar su Nombre en la alegría y el dolor, en la vida y en la muerte⁹.

2. Vivir los días feriales con corazón de fiesta: la espiritualidad de la espera

Quien espera, por creer en la promesa de Dios revelada en Pascua, el día del Señor y trata de vivir en el horizonte de la esperanza que no decepciona, siente el gozo de saberse amado, arropado y guardado por la Trinidad santa. Como las vírgenes sabias de la parábola (cf. Mt 25,1-13), espera al Esposo abasteciendo el aceite de la esperanza y de la fe con el alimento sólido de la Palabra, del Pan de vida y del Espíritu Santo que se nos entrega en la Palabra y el Pan.

Vivir la espiritualidad de la espera es vivir la dimensión *contemplativa* con el convencimiento profundo de

⁹ La Reunión de las Iglesias de Lombardía 1992-1993, que tratará el tema *Nacer y morir hoy*, estudiará especialmente estos aspectos de la existencia humana.

la primacía absoluta de Dios sobre la vida y la historia. De ahí que la actitud espiritual de la vigilancia sea una referencia continua al Señor que viene de la propia vida y del acontecer humano, a la luz de la fe que nos hace caminar como peregrinos hacia la patria (cf. Heb 11) y nos permite orientar hacia ella todos nuestros actos.

La orientación total del corazón hacia Dios colma a la persona de la alegría y la paz propias de quien vive las *bienaventuranzas* (cf. Mt 5,1-11; Lc 6,20-23). La persona no experimenta, evidentemente, la bienaventuranza de quien siente que ha llegado, sino la bienaventuranza humilde y confiada de quien, en la pobreza y el sufrimiento, en la mansedumbre y la sed de justicia, en la limpieza de corazón y en el establecimiento de relaciones pacíficas, sabe que le sostiene el amor del Señor que vino, viene y vendrá el último día.

La espiritualidad de la espera exige, por tanto, pobreza de corazón para estar abiertos a las sorpresas de Dios, atención perseverante a su Palabra y su silencio para dejarnos guiar por Él; docilidad y solidaridad con los compañeros de viaje y testigos de la fe que Dios pone a nuestro lado en el camino hacia la meta prometida. La vigilancia alimenta el sentido de la Iglesia en compañía de la fe y esperanza con todos los que caminan con nosotros hacia la Jerusalén celestial.

3. Por una ascética de la vigilancia

«Vivid con sobriedad y estad alerta. El diablo, vuestro enemigo, ronda como león rugiente buscando a quien devorar» (1 Pe 5,8-9). Todos los martes leemos en completas, en la Liturgia de las Horas, esta amonestación que nos introduce en el aspecto ascético de la vigilancia.

Vamos a tratar de comprenderla a partir del «desor-

den» que expresa la afirmación «No tengo tiempo». No tengo tiempo de pensar en el «tiempo» de Dios porque el tiempo es «mío», como es mía la vida, la naturaleza, las cosas, el dinero, Dios mismo. ¡Todo es mío! Yo soy el amo y lo uso y gasto todo a mi antojo. Si Dios no sirve para escuchar mis ganas de disfrute, para satisfacer mis exigencias, para hacer los milagros que me traen éxitos, triunfo, prestigio y poder, ¿qué sentido tiene su existencia? Sólo tengo tiempo para pensar en «mí» reino, porque ¿quién me garantiza que exista el llamado Reino de Dios, a cuya consecución debería dedicar tiempo y vigilancia?

Estas preguntas inspiran la cultura y la conducta de una sociedad secularizada que ha relegado a Dios entre las cosas que se usan o se dejan de usar. Se trata de preguntas y pensamientos que pueden muy bien calificarse como «seducciones de Satanás». En el rito de las promesas bautismales que se renuevan todos los años en la Vigilia Pascual se encuentra esta pregunta: «¿Renuncias a Satanás, a sus obras y a sus seducciones?». Si la vigilancia cristiana trata de preparar día tras día el encuentro con el Señor que viene, exige también una atención sabia a cuanto puede apartarnos de ese ideal, especialmente a las «seducciones» que, más insidiosas que las tentaciones comunes, vienen a ser fuertes atracciones que ocultan el engaño.

Podemos resumirlas en el instinto del placer, de la posesión, del prestigio y del poder (cf. 1 Jn 2,16; cf. también Mt 4,1-11; Mc 1,12-13; Lc 4,1-13). El *placer*, perseguido como fin en sí mismo y sin más regla que la de gozar cuanto más mejor; la *riqueza*, acumulada, poseída y gozada con avidez; la ambición y la *soberbia*, siempre a la caza del aplauso, el prestigio y el éxito, como premisas que garantizan el poder para someter a los demás y manipularlos para mi uso y abuso. Estas actitudes culturales y de comportamiento ni si-

quiera son extrañas a cierta conducta religiosa, a devociones y oblações, pues se puede llegar a actuar como si Dios, la Virgen y los Santos existieran para dar satisfacción a nuestras exigencias. No pensemos que las atracciones son típicas de cierta clase de personas, pues cada uno de nosotros está expuesto a ellas.

Estamos llamados a vigilar para dominarlas, de tal modo que, libres con la libertad de los hijos de Dios, podamos elegir darle nuestro tiempo a Aquel que nos dedica su tiempo eterno para realizar nuestra vida según su proyecto y madurarla en el encuentro con Jesús, el Señor.

La vigilancia se ejerce en los distintos modos de renuncia, tanto a lo ilícito como —con la discreción debida— a algo que de por sí es lícito. Es útil acostumbrarse a pequeñas renunciaciones al cigarrillo, a los dulces, a la bebida, a la televisión, a largas y superficiales conversaciones telefónicas, a lecturas frívolas, a gastos superfluos en la comida y el vestido, etc. Una ascesis como ésta ayuda también al sistema nervioso, unifica la mente y ayuda al recogimiento en la oración.

4. Una ética de la responsabilidad

¿Por qué la vigilancia, es decir, la expectación trepidante del Señor que viene, genera una ética de la responsabilidad en relación con las cosas de esta tierra, especialmente en relación con los problemas y los compromisos de la vida social y política?

Porque la percepción de que el Amor de Dios, íntimamente presente en cada cosa, universalmente activo en la creación y luminosamente transparente en todos los valores, está próximo a manifestarse en mi vida y en mi historia, me libera del miedo a disgustar o del ansia de agradar a los demás, de la obsesión por su

aplausos, del espejismo de un éxito mundano basado en el poder o el dinero. Se trata, en mi corazón, de una libertad sobre el deleite de las cosas de la tierra que procede de la presencia anticipada, en la esperanza y la espera, de la fruición plena y definitiva de la bondad y belleza de Dios.

La nueva audacia que recobra la vida gracias a la mirada dirigida a la eternidad, desliga de los embarazos de las convenciones, permite una mirada y una acción libres en relación con los bienes, las instituciones y la misma convención social. Y quien tiene responsabilidades políticas no será esclavo de esa convención social, sino que será un «ministro», es decir, un servidor prudente que se preocupa del bien de todos.

La vigilancia a la espera del futuro libera el corazón de la servidumbre del instante (del éxito, del dinero y de la fama) y permite vivir el presente respetando al otro. Es una mentalidad más que una serie de comportamientos concretos; es una actitud de responsabilidad y atención por las cosas públicas. Cabe preguntarse de qué modo un desinterés habitual por el bien común desanima a los ciudadanos y a los responsables de las cosas públicas. También podemos preguntarnos cómo es posible sustraerse a la deriva del interés egoísta y de la facción —que llevan a la disgregación en el tejido político y social— cuando la formación del consenso es sistemáticamente perseguida a través de una viscosidad de arreglos clientelares o presiones de carácter corporativo.

¿Nos encontraríamos hoy tan amargados e indignados por las numerosas situaciones desagradables que ofuscan nuestra vida política y administrativa si hubiéramos sido algo más vigilantes, si hubiéramos alzado la mirada para dilatar los horizontes más allá de las comodidades o el interés inmediato?

5. Algunos ámbitos de la vigilancia

En primer lugar, en el *interior de los partidos*. Pienso en los honrados, en los transparentes y diáfanos en su vida, y no obstante desvinculados de la realidad. Pienso en otra clase de honrados, la de los que no hacen nada ilícito pero tampoco se preguntan cómo puede mantenerse su partido o corriente. Me vienen también a la mente los honrados que giran la cabeza hacia otra parte cuando sucede algo, como si los asuntos de la gestión práctica de la política no fuera con ellos. ¿Y qué decir de quien tiene todas las cartas para animarse y participar, pero por miedo a «mancharse las manos» se escabulle y rechaza responsabilidades públicas?

Lo mismo se puede decir en el caso de los *dirigentes públicos* y de la *burocracia*. Quien trabaja para el Estado, las instituciones locales y los servicios sanitarios y sociales, recibe pocos incentivos, tiene remuneraciones bajas por prestaciones no siempre cualificadas y con escaso control. Pero vigilar significa cambiar de rumbo incluso en relación con lo *público*, comprometerse para que el Estado ponga calidad en las estructuras que no la tienen. No es moral dejar improductivos sectores enteros. Una burocracia más responsabilizada y profesionalmente estimada viene a ser como el primer ojo que vigila a ciertos políticos que tienden a utilizar y explotar lo público. Estoy seguro de que una recuperación moral sólo es posible si parte de todos e implica a cada uno.

En la vigilancia están también comprendidos los medios de *comunicación social*, los periódicos y los servicios informativos de redes radiotelevisivas. El año pasado ya hablé en *La orla del manto* de la responsabilidad de los periodistas en relación con la vida política. Me pregunto hoy, después del escándalo del cobro de

comisiones ilegales, qué parte afecta a la información. No me refiero a la emergencia, cuando estallan los «casos judiciales» donde es fácil intensificar el tono, sino al momento en que se apagan los grandes reflectores mientras sería necesario tener encendida la pequeña lámpara de la conciencia crítica. A este respecto, resulta fundamental una educación permanente del uso crítico y responsable de los *mass media*.

Vigilante debe ser la galaxia representada por el *mundo asociativo*, por las organizaciones culturales, por los promotores de congresos, mesas redondas y estudios sofisticados. Crear cultura no es limitarse a una operación de documentación o comentario. Toda iniciativa debería estar animada por un intenso sentido de los valores, por perspectivas de vuelo amplio y sentido profundo de la dignidad del hombre y de su trascendencia.

La vigilancia sobre lo civil compromete también, y en primera persona, a la *Iglesia*. Los episcopados se han manifestado varias veces sobre estos temas, en algunos casos con documentos fuertes y proféticos. Sin embargo, la vigilancia no debe dejarse de forma preponderante a las altas expresiones de la jerarquía. Debe convertirse en praxis cotidiana de las parroquias, de los grupos y movimientos. Es una tensión que de ningún modo puede sufrir lentitudes o aceptar compromisos.

En la vigilancia cobra relieve especial la amplia gama de los servicios de la persona, los que se refieren a las pobrezas invisibles o «sumergidas», llamadas del «cuarto mundo». Este fenómeno se verifica en casi todos los países europeos, donde algunas categorías de personas, además de vivir en condiciones de gravísima penuria física y psíquica, han perdido la legitimación de «sujetos de derecho» porque no están garantizadas con una protección jurídica y social. Cito como ejemplo:

- los «sin techo» o «pordioseros»;
- los inmigrantes y nómadas, especialmente los clandestinos;
- los enfermos mentales, cuyo sufrimiento psíquico no puede ajustarse a los cánones clásicos de la intervención clínica o terapéutica;
- los ancianos no autosuficientes y/o crónicos que a menudo no tienen garantizado ni siquiera el derecho del cuidado de su salud y la dignidad de la vida cotidiana;
- los toxicómanos con patologías de comportamiento o psiquiátricas;
- los enfermos de sida, especialmente en fase avanzada, aislados y abandonados.

Estas pobreza, junto a las más tradicionales, evidencian un denominador común: la falta de relación.

Invocamos para ellas una proximidad enteramente nueva, que no pide una multiplicación repetitiva de servicios tradicionales, sino que evoca un «hacerse cargo» no delegable y que sólo una atenta vigilancia puede suscitar.

6. Por una pedagogía de la vigilancia

Se perfila hoy un gran desafío del que dependen los destinos próximamente venideros de nuestro país. Es necesario crear una cultura de la vigilancia capaz de contrarrestar la cultura de la protesta, de la impotencia, de la desilusión, de la depresión, de la resaca, de la autoconsolación y del cerramiento en sí mismos con doble llave.

El interrogante que debe movilizarnos de alguna manera se puede formular así: ¿Cómo recuperar una pedagogía de la vigilancia dilatada? Se dijo años atrás que era preciso pasar de un tiempo de derechos a otro

de deberes. Ahora es el momento de la *responsabilidad*; lo cual significa, por ejemplo, y bajo el aspecto civil que ahora nos interesa, ser activos, sin esperar que el Estado o los demás se muevan, buscando información y haciendo valer razonablemente las propias instancias.

Hace dos años, y valga como ejemplo, se promulgó una ley que tal vez conocen pocos y aún menos ponen en práctica. Sin embargo se trata, después de tantas palabras, de una auténtica revolución aunque pequeña: establece las «nuevas normas en materia de procedimiento administrativo y de derecho de acceso a los documentos administrativos». Los despachos públicos deberían dejar de ser lugares que hay que temer o reverenciar, o centros de poder donde conseguir favores. Está claro que la libertad exige esfuerzo y debe conquistarse cotidianamente.

El tiempo de las responsabilidades implica aún más directamente a las llamadas nuevas subjetividades sociales (cf. *Centesimus annus*, n. 49). Junto a la citada ley de procedimiento administrativo tenemos la normativa sobre las autonomías locales, que, con estatutos y reglamentos, ofrece amplias posibilidades de participación a la gente de un territorio en la vida y el bien común. También el voluntariado y las cooperativas sociales están hoy reconocidas como nuevos sujetos sociales, dotados de autonomía estatutaria y funcional, de especificidad y originalidad para la intervención. Las leyes reconocen y valoran la función constructora e insustituible de la promoción, la actuación y la gestión del bien común. Es misión de la vigilancia el impulso sólido para que estos espacios (además de los tradicionales del Estado y del mercado) no se queden desiertos. Ellos, más que otros, pueden describir y detallar una convivencia fraterna, no de condominio, fundada no

sólo ni especialmente en ser socios, sino especialmente en ser «próximos».

Nuestras *Escuelas Diocesanas de formación al compromiso sociopolítico* deben conseguir cada vez más una actuación práctica de la pedagogía de la vigilancia.

7. La responsabilidad de las profesiones

Una persona «vigilante» siente que se dispara dentro de ella una exigencia ética. Esto vale especialmente para la ética profesional. Si queremos recalificar las profesiones a la luz de la vigilancia, tenemos que recuperar el valor profundo del término «profesión». En el ámbito religioso se habla de «profesar» en referencia a la fe para significar el testimonio público del propio credo en Jesús. Actualmente este término se toma casi exclusivamente en su acepción laica: profesión es trabajo, oficio, tarea social. Pero la raíz de la palabra sigue siendo la misma —*profiteri*—, y su fondo auténtico son los valores señalados en el capítulo segundo, *Dios tiene tiempo para el hombre*. El descubrimiento de la raíz de la profesión puede provocar un modo eficaz de atender al bien común.

El cambio de tendencia en torno al clima pesado de lamentos y resignación, protesta y rabia, es volver a realizar bien el propio trabajo, recuperando la relación de sentido entre destrezas, preparación y utilidad social de lo que hace una persona, y volviendo a encontrar el horizonte en el que la utilidad social se mide especialmente con respecto a un bien común sólido y duradero. La instancia ética es individual y subjetiva, pero responde a un *ethos* colectivo. Las categorías, las asociaciones y las jerarquías profesionales deben «reescribirse» y «rediseñarse» teniendo en cuenta un *ethos* colectivo

que corresponda a un proyecto de hombre y de humanidad auténticos, donde los propios asociados descubran la situación y el significado del trabajo. Si no, de nada vale lamentarse, pues siendo impotentes ante un sistema que no se comparte o nos supera, nos mantenemos firmes en las defensas corporativas.

¿Por qué un empresario debe rebelarse a la petición de pagar una comisión ilegal? ¿Por qué un periodista debe arrancarse del conformismo? ¿Por qué un enfermero debe tratar bien a los pacientes incómodos y molestos? ¿Por qué estas y otras actitudes deben ser la regla y no el «heroísmo» de alguien? La respuesta es sencilla: porque el trabajo es el testimonio de una llamada, es la «profesión» pública de la función de crecimiento colectivo que tiene como trasfondo una visión de humanidad y de futuro capaz de desplegar energías morales imprevisibles.

No debemos olvidar que la profesionalidad es lo que puede acompañarnos con el resto de Europa, por encima de la abundante retórica desplegada en estos últimos tiempos de acercamiento a la unidad continental. Es difícil hacer desaparecer como por encanto lugares comunes y realidades concretas relacionados con la fama de la poca credibilidad internacional de nuestro país. Sin embargo, es posible el encuentro en la profesionalidad al Oeste y al Este, al Norte y al Sur.

No quiero terminar sin aludir a otros dos aspectos de la vigilancia: el *familiar* y el de la *escuela*. Son aspectos distintos porque distintos son sus ámbitos. Sin embargo, múltiples complementariedades tienen que ver con la difícil tarea de ser padres y tener que estar detrás de una cátedra enseñando. Recuerdo a este respecto lo que dijimos en el trienio pastoral *educar* (1987-1990).

8. La Iglesia, pueblo de los peregrinos de Dios: la constante reforma y su alimentación en la liturgia

«Confirma en la fe y en la caridad a tu Iglesia, peregrina en la tierra». Así dice la Plegaria eucarística III refiriéndose a la realidad «peregrinante» de la Iglesia en marcha hacia el Reino de Dios.

La vigilancia es una virtud típica del peregrino: atención al elegir el camino, preocupación por no retrasarse, prontitud para continuar después de las paradas, mirada interior de cara a la meta. La carta a los Hebreos, en el capítulo 11, recuerda a los grandes peregrinos del Invisible, desde Abel a Enós, a Noé, a Abraham, que «obediente a la llamada divina salió hacia una tierra que iba a recibir en posesión» (v. 8); a Moisés, quien «por la fe abandonó Egipto, sin miedo al furor del rey, y se mantuvo tan firme como si estuviera viendo al Dios invisible» (v. 27).

La Iglesia es el conjunto de todos estos peregrinos y debe caracterizarse por las virtudes de soñura, desprendimiento, prontitud en recuperarse, en convertirse y reformarse, propias todas ellas del peregrino. «Queridos, como a peregrinos lejos aún de su hogar os exhorto a que hagáis frente a los apetitos desordenados que os acosan», dice san Pedro (1 Pe 2,11) recordando las consecuencias ascéticas de saberse en camino hacia la patria.

La actitud interior y exterior de conversión y reforma constantes no significa desprecio de las formas tradicionales del comportamiento eclesiástico o de las populares y sencillas de la vida de los fieles. Reforma no quiere decir contraposición entre quien la promueve y la experimenta, entre quien se da el aire de reformador y la persona o institución que se considera debe ser reformada. Al contrario, es consonancia de unos y otros en desear a un mismo Señor: «El Espíritu y la Esposa

dicen: '¡Ven!'. Diga también el que escucha: '¡Ven!'" (Ap 22,17). El grito de todos es el anhelo común con el que nos ayudamos y nos reconocemos transeúntes débiles y pecadores, llenos de nostalgia del rostro del Señor, deseosos de tender hacia Él con más pureza y verdad. Si cada uno de nosotros alcanza sentimientos de peregrino cristiano, de quien vigila a la espera del Esposo, será más fácil y más gozosa la tarea de caminar juntos en continua conversión y con alegría.

Para vivir esas actitudes no hay nada tan eficaz como la liturgia. Está llena, especialmente en la celebración eucarística, de alusiones escatológicas, de estímulos a mirar hacia la patria celestial, de deseos de eternidad. Orando con atención y devoción (¡y con las debidas pausas!) y meditando los textos litúrgicos, conseguiremos la actitud adecuada de los peregrinos que cada día reemprenden la marcha hacia la meta. La dimensión de la espera vigilante, por lo demás, está inscrita en la propia naturaleza de la liturgia: «Cada uno de los ritos vive de memoria y se alimenta de esperanza, anuncio del acontecimiento del que brota la salvación y profecía que anticipa su cumplimiento... Mientras espera y ora, la Iglesia sabe que su espera no se frustrará y que su oración no será en vano»¹⁰.

¹⁰ *Celebrare in spirito e verità: sussidio teologico-pastorale per la formazione liturgica*, Roma 1992, nn. 30 y 7.

Capítulo cuarto

ITINERARIOS DE LA VIGILANCIA

El cuarto y último capítulo quiere ofrecer alguna conclusión práctica, derivada de las reflexiones precedentes, para la vida de nuestras comunidades.

Se trata de una parte *aplicativa* que pretende ayudar a las parroquias, los grupos, las comunidades y las diversas instituciones eclesiales al hallazgo de algunas líneas operativas, entre muchas otras, que introduzcan en el devenir de cada día los grandes temas evocados en relación con la esperanza cristiana, de las «cosas últimas», de la vigilancia.

Pero las aplicaciones prácticas son sólo pequeñas señales de una importante intuición de fondo que debe colorear nuestra vida: caminamos hacia un futuro cierto, grande, que está más allá de cuanto vemos o imaginamos, un futuro que es Dios mismo, Jesús resucitado en la plenitud de su Cuerpo, el Reino, la Jerusalén celestial. Esta visión —grabada en el corazón por la virtud teologal de la esperanza, contemplada y deseada con ardor y confianza— constituye lo fundamental de cuanto he dicho anteriormente y el punto de referencia sobre el que debemos verificar cada uno de nuestros pensamientos, planes y acciones pastorales.

Entre las orientaciones prácticas, siento la urgencia de subrayar *tres mensajes*.

El primero es volver a leer los programas pastorales

publicados desde 1980 hasta hoy. A la luz de la vigilancia y de la vida eterna, puede comprenderse mejor su mensaje específico, tanto en su aspecto orgánico como en su validez permanente.

El *segundo* es la atención que nos deben merecer algunos «signos» providenciales que en nuestra Iglesia nos exhortan a la vigilancia y nos ayudan a «estar despiertos» a la espera del Señor que viene.

El *tercero* lo constituyen una serie de encuentros en los que será posible, a lo largo del año pastoral 1992-1993, mantener vigilantes nuestra mente y nuestro corazón ante las «cosas últimas».

1. El tema de la vigilancia en los programas pastorales precedentes

Repasando el índice analítico que acompaña el conjunto de los programas pastorales publicado con motivo de mi primer decenio episcopal en Milán¹¹, no he encontrado entre las numerosas voces el término «vigilar» o alguno de sus sinónimos. ¿Será entonces nuevo el tema de la vigilancia en nuestro camino pastoral?

¡Tengo que decir que no! En el recorrido de estos años puede encontrarse el hilo de la esperanza teológica que estimula nuestra vigilancia en espera del Señor. Lo veremos refiriéndonos a estas palabras del Apocalipsis: «Mira que estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20). Estas palabras son dirigidas a la comunidad de Laodicea, que vive una fase de cansancio porque considera adquirida de una vez para siempre la fe. Es una comunidad que se deja llevar por

el bienestar material, el mito de la producción y la manía de las comodidades. Precisamente por esto el Señor le dirige una llamada tierna y urgente. Es la misma llamada que se dirige vigorosamente a nuestra comunidad en este final del siglo xx.

A) «Estoy llamando a la puerta» (Ap 3,20): reconocer la primacía de Dios

«Estoy a la puerta» expresa plásticamente una dimensión de la vida cristiana que ha sido decisiva en nuestro camino pastoral: la *dimensión contemplativa de la vida*. Antes de cualquier palabra o gesto, antes incluso de nuestra espera vigilante, está Alguien que se acerca constantemente a la trama de los días y al que el creyente espera con corazón vigilante y en actitud contemplativa.

Desde la primera carta pastoral (1980) he venido pidiendo insistentemente a todos que reconozcan con admiración adoradora la primacía de Dios. Al proponer a nuestra iglesia ambrosiana y a nuestra gente, tan justamente orgullosa de sus realizaciones y proyectada hacia sus compromisos creativos, el descubrimiento de la actitud contemplativa, me urgía afirmar, al comienzo de mi episcopado, la frase «Yo soy el Señor tu Dios», que está en el origen de nuestra experiencia religiosa. Como se le pide al piadoso israelita, exhortaba a los fieles a repetir la antigua aclamación: «Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno...» (Dt 6,4 ss).

Pero quien reconoce la primacía de Dios no puede dejar de ser vigilante. Hoy, después de los cinco programas pastorales 1980-1987 y después de los años dedicados a la *educación* (1987-1990) y a la *comunicación* (1990-1992), nos centramos en la *vigilancia*, no por el gusto de cambiar de página, sino para volver al

¹¹ *Programmi pastorali diocesani 1980-1990*, Bolonia 1990.

estilo contemplativo del que habíamos partido. Estilo contemplativo y vigilancia se dan la mano con el silencio, pues sólo en silencio podemos descubrir Quién está llamando a la puerta. Escribía en mi primera carta: «El hombre nuevo, como el Señor Jesús que al alba subía en solitario a las cimas de los montes (cf. Mc 1,3; Lc 4,42; 6,12; 9,28), aspira a disponer en exclusiva para sí de algún espacio libre de alborotos alienantes, en el que sea posible aplicar el oído y percibir algún atisbo de la fiesta eterna y de la voz del Padre. Todos nos sentimos agredidos exteriormente por un tropel de palabras, sonidos y clamores que ensordecen nuestro día e incluso nuestra noche. A todos nos asedia interiormente un parloteo mundano que nos distrae y desista con mil futilidades» (*La dimensión contemplativa de la vida*).

Martin Heidegger, gran filósofo contemporáneo, ha escrito que el silencio es la condición esencial de quien escucha y, por tanto, de quien vigila: «A lo largo de una conversación, quien calla puede "dar a entender algo", es decir, promover la comprensión más auténticamente que quien no deja de hablar... Pero callar no significa ser mudo... Sólo un discurso verdadero hace posible el silencio auténtico. Para poder callar, el hombre debe tener algo que contar, es decir, debe disponer de una apertura de sí mismo dilatada y auténtica. En este caso, el silencio revela y hace que calle la "cháchara"»¹². Y en la misma carta de *La dimensión contemplativa de la vida* recordaba una expresión de Clemente Reborá sobre su conversión: «La Palabra calló mis parrafadas».

¹² M. HEIDEGGER, *Ser y tiempo*.

B) «Si alguno abre la puerta» (Ap 3,20): *acoger la Palabra que viene*

Para el creyente, vigilar no es simple expectación de acontecimientos tal vez catastróficos: es esperar a Alguien. Vigilan las diez vírgenes en espera del Esposo (cf. Mt 25,1-13), vigilan los siervos en espera del amo y para ahuyentar la llegada del ladrón (cf. Lc 12,27-39), vigila el amigo con oído atento a percibir la señal del que está en la puerta y llama (cf. Lc 11,5-8; Ap 3,20). Vigilamos porque nuestra vida espera al Señor, porque Dios ha llenado con su palabra el vacío que nos espanta y tratamos de colmar con el ruido. «En Jesús, Dios no sólo se ha puesto en comunicación con el hombre, sino que se ha comunicado. Dios no está solamente presente en él, sino que es una única cosa con él. Él es, por consiguiente, la palabra total y definitiva» (*En el principio era la Palabra*).

En los años anteriores nos hemos dejado inspirar continuamente, a partir de la segunda carta pastoral (1981), por esta contundente afirmación del Vaticano II: «Desconocer la Escritura es desconocer a Cristo. Acudan los fieles de buena gana al texto mismo: en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios; en la lectura espiritual... Pero recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras» (*Dei Verbum*, n. 25). Cada vez me convenzo más de que una educación a la escucha del Maestro interior pasa por el ejercicio de la *lectio divina*, de la meditación orante sobre la palabra de Dios, y no me cansaré de repetir que es uno de los instrumentos principales con los que Dios quiere salvar al mundo occidental de la ruina moral que le amenaza a causa de la indiferencia y el miedo a creer. La *lectio*

divina es el antídoto que Dios ofrece en nuestro tiempo para que superemos el consumismo y el secularismo, y esto favorece el crecimiento de una interioridad sin la cual el cristianismo no superará el desafío del tercer milenio.

Pienso que ningún cristiano con un mínimo de cultura y con deseos de hacer un serio recorrido interior puede llegar a decir que no tiene tiempo para leer la Escritura. No lo tendrá para leer el periódico, para ver la televisión, para saborear un aperitivo o para seguir las competiciones deportivas, pero sí encontrará algunos minutos (al principio diez son suficientes) para dedicarlos a la *lectio divina* por la noche antes de acostarse, por la mañana antes de comenzar el trabajo, en alguna breve pausa a media jornada. Si se aseguran estos tres momentos y se les une entre sí con el hilo rojo de la memoria orante del Evangelio del día o del domingo siguiente, se descubrirá lo importantes que son para alimentar el espíritu.

Lo que se pretende con las *Escuelas de la Palabra* —promovidas estos años— es enseñar a practicar la *lectio divina*, enseñar a colocarse personalmente ante el texto para orar. Aprender a vivir de la Palabra, a estar en la Palabra, significa aprender a vivir con alegría, con satisfacción y sorpresa el encuentro con la palabra de Dios escrita, que se convierte luego en encuentro con ese Jesús que me está llamando y al que trato de responder.

Por eso las Escuelas de la Palabra y cualquier otra forma de lectura orante de la Biblia son un ejercicio de vigilancia, de atención a Aquel que llama, de apertura del corazón para que pueda encontrar allí acogida.

C) «Cenaré con él» (Ap 3,20): celebrar la Eucaristía a la espera del Señor

Cada vez que los discípulos anuncian en la Eucaristía la muerte y la resurrección del Señor, esperan su

venida. Pero esta dimensión de la celebración eucarística no está viva en la conciencia cristiana. Prevalecen en ella otros aspectos: memorial de la cruz, convite fraterno y presencia viva del Resucitado. Sin embargo, en los textos eucarísticos del Nuevo Testamento se insiste en la perspectiva escatológica: «Os digo que ya no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre» (Mt 26,30). Y Pablo recuerda que «siempre que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga» (1 Cor 11,26).

En la carta *Atraeré a todos hacia mí* (1982), la Eucaristía, entendida como «centro de la comunidad y de su misión» (según el título del Congreso Eucarístico Nacional de 1983), ha suscitado en nuestro camino pastoral un dinamismo misionero y caritativo. Ahora, la llamada evangélica a la vigilancia puede ayudarnos a hacer de la celebración eucarística el lugar decisivo de una comunidad que no tiene su morada definitiva en la tierra, sino que sale en busca del Señor que viene. *Dos* son, por lo menos, los rasgos característicos de una Iglesia que vive la Eucaristía vigilando en la espera:

1. El primero es el de ser una Iglesia cada vez más en función de Jesús, vuelta únicamente hacia Él.

Es sugestiva a este respecto la imagen astronómica a la que se referían los antiguos autores cristianos: la relación entre Cristo y la Iglesia es análoga a la del sol y la luna. La luna recibe toda su luz del sol, y la Iglesia debe transmitir sólo la luz de Cristo. Es Cristo la salvación de todos los hombres, y no es casual que en la celebración eucarística, a la aclamación «Éste es el misterio de nuestra fe», respondamos anunciando a Cristo muerto, resucitado y esperado. La Iglesia está totalmente relacionada con Jesús, es su subalterna. En lo íntimo de la Eucaristía, por consiguiente, cada pala-

bra, cada gesto y cada proyecto pastoral de nuestras comunidades debería verificarse a la luz de esta pregunta esencial: ¿Cómo y en qué medida esta palabra, este gesto y este proyecto nos relacionan con el Señor que esperamos?

2. El segundo rasgo de una Iglesia que celebra la Eucaristía en la espera, es el de vivir la *tensión entre Iglesia y Reino*: la Iglesia es el comienzo del Reino, todavía no en plenitud. Por eso debemos comprometernos por una teología de la gloria y al mismo tiempo de la debilidad de la Iglesia.

La primera, la de la gloria, está dominada por la certeza de que no vivimos en un tiempo vacío e irrelevante, pues la Iglesia, habitada por el Espíritu de Jesús, es signo y primicia del Reino.

La segunda, la de la debilidad, nos advierte que todavía no se ha realizado del todo, que sigue tendiendo hacia el Reino. De ahí procede su necesidad constante de reforma y de conversión. Según el Vaticano II, la Iglesia, aun siendo «santa», es imperfecta, «necesitada de purificación», y por eso «nunca descuida la penitencia», nunca «cesa de renovarse» (*Lumen gentium*, n. 8).

El *camino ecuménico* hacia la unidad plena no puede entenderse entonces como simple retorno de los otros a la Iglesia tal y como ahora se presenta. Ese camino comporta siempre el esfuerzo individual de una conversión que nos haga más fieles al único Señor y Maestro. Por eso la Iglesia católica, sin perder la certeza de ser «un sacramento, un signo o un instrumento de la íntima unión con Dios», ha entrado irreversiblemente por el camino ecuménico, como ha puesto de relieve varias veces Juan Pablo II.

Una Iglesia vigilante, plasmada por la Eucaristía «viático» hasta la vuelta del Señor, está en permanente es-

tado de reforma, de purificación y renovación. Está herida por las divisiones y pecados de sus miembros¹³. Con excepción de María, la Iglesia tiene en su rostro «manchas y arrugas» y sus hijos están obligados a luchar contra el pecado y a renovarse continuamente.

D) «*Bien, criado bueno y fiel*» (Mt 25,21): *hacer fructificar lo que se nos ha confiado*

Si el estilo de la vigilancia en los tres primeros programas pastorales se manifiesta sobre todo en una intensa apertura a Cristo y en una orientación hacia Él, que vuelve, en los programas sucesivos se expresa con el compromiso de *cuidar* lo que se nos ha confiado.

En las parábolas de la vigilancia, al mismo tiempo que se nos invita a estar despiertos, atentos a la vuelta del Señor, se nos invita también a vigilar la casa, a hacer fructificar los talentos, a proveer de aceite las lámparas, a practicar las obras de misericordia y a cuidar los dones de Dios.

El primer don que hay que cuidar es la *palabra de la fe*, que debe conservarse y transmitirse en toda su integridad y fuerza. Llama la atención que Pablo, al acercarse la muerte, recomiende urgentemente a su discípulo la misión de tener como norma las «palabras saludables» (2 Tim 2,2). Estas últimas exhortaciones del Apóstol, afligidas e imperativas —«ten como norma, hazte fuerte, recuerda, apártate de ellos, permanece fiel, te ruego encarecidamente» (cf. 2 Tim, 1,14; 2,1.8.14; 3,5.14; 4,1)— valen para todos los discípulos del Señor a quienes se les confía el depósito de la fe, que deben guardar y transmitir. El compromiso misio-

¹³ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta sobre algunos aspectos de la Iglesia entendida como comunión*, Roma 1992.

nero propuesto en *Salida hacia Emaús* (1983) tiene aquí su fuente.

E) «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento...?»
(Mt 25,37 ss)

El fruto maduro de la vida cristiana es la caridad. La carta *Hacerse próximo* (1984), como conclusión de los cinco primeros programas, puede leerse ahora a la luz del camino de la Iglesia de los años noventa.

Frecuentemente se les ha echado en cara a los cristianos que hayan tenido los ojos vueltos al cielo de tal manera que olvidaran la tierra y sus necesidades. Desgraciadamente, la acusación de alienación ha dificultado el diálogo entre la Iglesia y el mundo del trabajo. Apoyándose en Marx, se ha considerado que la religión, precisamente en cuanto horizonte escatológico —tensión hacia el más allá—, era culpable de no favorecer la justicia y la promoción humana en la tierra. Por eso, no pocos cristianos han tratado en estos últimos años de impugnar esta acusación de alienación con un compromiso radical de liberación. Incluso hasta ha habido alguno que ha sentido la tentación de olvidar las cosas últimas por considerar que eran tan urgentes e importantes las penúltimas (pan, casa, trabajo), que había que atenderlas antes que a las últimas.

El testimonio evangélico de la caridad debe ser un banco de prueba decisivo de nuestra opción preferencial por los pobres y de nuestra fe. Considero necesarias tres cosas para vivir la caridad sin caer en formas alienantes y sin que nos haga errar el exceso evangélico de la caridad.

1. Un talante cristiano de laicidad

Es importante actuar partiendo de valores cristianos, pero tratando de llegar a gestos que, sin perder en

nada su mordiente evangélico, alcancen al hombre en los valores profundos previos a cualquier confesionalidad y comunes a todos los hombres. Hay que manifestar de forma concreta la carga de humanización enraizada en la fe en Cristo. Esa carga tiene un origen que no podemos negar sin negarnos a nosotros mismos y sin presumir de algo que no es nuestro (cf. 1 Cor 4,7). Como es puro don de Dios, estamos llamados a comunicarla a todos los hombres a través de distintos modos y formas culturales.

2. La promoción de las evidencias éticas a partir de la fe

El talante de laicidad se expresa por medio de la promoción de las evidencias éticas, de los valores de fondo en los que hay que basar un consenso de pueblo para las grandes opciones de vida, de solidaridad y de fraternidad.

Cuanto más preparada esté la comunidad cristiana a asumir responsabilidades y talentos de vida coherentes con el Evangelio, consiguientemente cargados de fuerza integradora y persuasiva sobre los problemas de la vida humana, mayor será la eficacia de su oferta de un servicio para la reconstrucción de la comunidad sobre temas éticos. Sin ellos no dispondremos de referencias que nos sirvan para impedir que los procesos económicos y las nuevas formas de poder puestas a disposición del progreso científico nos lleven a resultados catastróficos. Con otras palabras, la centralidad de la ética comporta que el *corazón* sea el lugar decisivo de la libertad y del sentido. El corazón nuevo convoca valores universales que se dan entre todos los hombres: la conciencia, la libertad, la búsqueda, el diálogo, la responsabilidad, etc. La fe cristiana no anula ni desfigura ese patrimonio nativo, sino que lo ennoblece y desvela

con mayor plenitud. Y entonces es posible un intercambio de reflexiones y de compromisos con cualquier persona que desea sinceramente la verdad, la justicia y la fraternidad.

3. La conciencia «del más» de la caridad

Al discípulo del Evangelio se le llama también a conservar la «diferencia», es decir, a saber manifestar la excelencia de la caridad evangélica, su fuerza escatológica y no sólo su dimensión histórico-social.

Recuerdo que en una ocasión dije a los obreros de una industria, preocupados por la grave crisis de empleo, que mi presencia entre ellos era en nombre del Evangelio. Por consiguiente, no para ofrecer una solución inmediata a los problemas técnicos cuyo planteamiento correcto corresponde a las distintas realidades sociales implicadas, sino para ser voz del Evangelio. Nos preguntamos: ¿De qué modo se articula este ser «voz del Evangelio»?

Ya he señalado el valor laico de la caridad cristiana, pero debemos mantener su fuerza y originalidad. Precisamente porque procede del misterio, la caridad de la Iglesia es capaz de ofrecer a los programas humanos la dirección, el horizonte, la reserva de energías y la contestación crítica cuando sea necesario. Para que esta contribución no resulte superficial o abstracta, se requiere la mediación inteligente de competencias y habilidades, técnicas y políticas, ordenadas a plasmar las estructuras de una sociedad compleja, convencidos de sus múltiples interdependencias. En el plano institucional, la diferencia peculiar de la fe se traduce en una participación solidaria de los cristianos y al mismo tiempo en un excedente de ideales de vida en relación con la justicia puramente legal, que es indicio y anticipo de

relaciones humanas éticamente más densas y abiertas a un horizonte trascendental.

En los años de la furia nazi, Dietrich Bonhoeffer, pastor evangélico encarcelado y asesinado por oponerse al régimen, escribía: «Sólo quien grita por los Hebreos tiene derecho a cantar el gregoriano». Que equivale a decir que, sin un compromiso valiente por la justicia, hasta el culto y la alabanza a Dios terminan en alienación. La palabra provocadora de Bonhoeffer vale también en sentido inverso: precisamente porque el creyente canta su alabanza a Dios, es libre y capaz de gritar en defensa de los más débiles.

Éste es el desafío de la vigilancia cristiana: una comunidad a la espera del Señor, vuelta hacia Él día y noche como un centinela, es una comunidad tan libre y pobre que es capaz de convertirse en la voz de los pequeños y los pobres, voz de su hambre de pan y de justicia, de su necesidad de una Palabra que no pasa.

F) El fruto en la acción: educar y caminar

En esta misma perspectiva, es decir, con el énfasis que provoca este talante de la vigilancia, es útil volver a leer lo escrito para el trienio dedicado a la *educación* y para el bienio de la *comunicación*.

El trabajo educativo y comunicativo, cuando se hace con la mirada en Aquel que debe venir, el Señor, está al amparo de una tentación que padres y educadores conocen muy bien: la tentación de no saber amar lo suficiente la libertad del otro, hasta el punto de volverse poco a poco inútiles. Don Lorenzo Milani, que fue un educador exigente, escribió que el fin último de cualquier trabajo educativo es tratar de que los hijos crezcan más que nosotros, tanto que lleguen a superarnos. Sólo así la vida del maestro se realiza y hay progreso en el mundo.

Hay dos figuras en el Nuevo Testamento que expresan mejor que otras esta cualidad de un auténtico trabajo educativo y comunicativo: Juan Bautista y María de Nazaret, capaces los dos de remitirse al único Maestro. «Yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado como un precursor... Él debe ser cada vez más importante; yo, en cambio, menos» (Jn 3,28-30). Y la última palabra de María que nos transmiten los evangelios es casi su testamento: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5).

Si nuestras comunidades, y en ellas los educadores y comunicadores, se fijan en Quien viene, tendrán un corazón vigilante y sabrán siempre y sólo remitir al seguimiento del único Señor. ¿Acaso no es verdad que la tarea educativa y comunicativa se ve a veces comprometida por una concentración obsesiva en la figura del educador o del comunicador, en sus dotes carismáticas, en su *leadership*, en su capacidad para sugerir, induciendo fenómenos de mimetismo y de dependencia? Es un tonto, dice un proverbio, quien se detiene a mirar el dedo en vez del lugar al que apunta.

He aludido con brevedad a los últimos programas pastorales porque espero que se recuerden. En cualquier caso, confío a las Escuelas de Formación de Operadores Pastorales la tarea del recorrido de estos senderos y la demostración de su coherencia con el mensaje de la Escritura, «a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer el bien» (2 Tim 3,16).

2. Los signos de la vigilancia

«Así dice el Señor: Situaos en los caminos y mirad, informaos de los senderos tradicionales, de cuál es el buen camino y seguidlo. Así hallaréis reposo» (Jr 6,16).

El itinerario de la vigilancia no es nuevo en la Iglesia. Fue ya recorrido por aquellos a quienes el Señor hizo caminar antes que nosotros por sus senderos. Por eso debemos mirarnos alrededor y reconocer los «signos de la vigilancia», las estacas señalizadoras puestas en los caminos de la Iglesia para que recordemos siempre que estamos en marcha hacia la plenitud del Reino.

Voy a recordar algunas de esas señales: la vida consagrada, los gestos y los tiempos de la gratuidad, y algunos momentos litúrgicos especialmente significativos para vigilar.

A) *La vida consagrada*

La vigilancia-espera, que califica a la vida cristiana, encuentra efectivamente en la vida consagrada una expresión eminente. Aun teniendo en cuenta la variedad de sus actuaciones históricas y la multiplicidad de las motivaciones inmediatas, la consagración por medio de la profesión de los consejos evangélicos tiene entre sus motivos fundamentales y más profundos el de la espera del Señor. En esa tensión la vida consagrada debe entenderse como una actitud emblemática de la existencia cristiana, y por consiguiente común a cualquier estado de vida elegido «en el Señor». Ninguna forma de vida cristiana, ni siquiera la más comprometida en lo temporal, puede renunciar a expresar la espera vigilante de lo «escatológico», de igual modo que ninguna forma de vida cristiana, por muy «contemplativa» que sea, puede sustraerse al vínculo de la fraternidad eclesial y a algún «intercambio operativo» de la necesidad humana de solidaridad.

No obstante, el estado de vida consagrada, por su propia estructura exterior de decidida renuncia a la familia, a la posesión de bienes y a una carrera autónoma, es por sí misma un signo escatológico, un signo

de lo que será la vida eterna: inmersión en el diálogo de amor trinitario, contemplación estática del rostro de Dios, disfrute de una vida buena y feliz con todas las criaturas iluminadas por la presencia del Señor. Según la doctrina del Vaticano II, el estado de vida consagrada «cumple la función de manifestar ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo y testimonia que la vida nueva y eterna, conquistada por la redención de Cristo, prefigura la futura resurrección y la gloria del Reino Celestial» (*Lumen gentium*, n. 44).

Quienes abrazan animosamente la vida consagrada, deben encarnar a la Iglesia en cuanto peregrina y ansiosa de abandonarse en el radicalismo de las bienaventuranzas. Cada uno se convierte en signo profético en la medida en que con toda su vida proclama a Alguien que viene.

Los consagrados están llamados, por tanto, a vigilar sobre el don de su específica vocación, confiados totalmente en el Señor y en favor de todos.

Es providencial que el programa sobre la *vigilancia* preceda inmediatamente al tiempo de la preparación y la celebración del Sínodo de los Obispos de 1994 sobre el tema *La vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo*. Al mismo tiempo que doy las gracias a los religiosos que viven en la diócesis de Milán, en institutos religiosos y en institutos seculares, en la contemplación o en las obras de caridad, les invito a contrastar su programa de vida y a hacer que sea aún más claro su excepcional testimonio a los ojos de todo el pueblo de Dios.

No tienen que faltar, por parte de las demás realidades diocesanas, atención fraterna y apoyo sincero. Deseo que se dé mayor relieve a la *Jornada diocesana de la Consagración religiosa* en cada Zona, en los decanatos y las parroquias. También recuerdo que recién

temente me dirigí por la radio a todas las religiosas de la diócesis para hablarles de la relación entre consagración y vigilancia, teniendo como ejemplo a la Virgen de la Anunciación. Porque María, que recibe el anuncio del ángel, lleva consigo toda la esperanza de los patriarcas y de los profetas, toda la expectación del pueblo, y el anhelo y deseo del rostro de Dios expresado en los Salmos. Su «sí» es el sello de su esperanza. Ella expresa la esperanza de la Iglesia, el deseo vivo de la humanidad por la venida definitiva de Cristo, el ansia de los cristianos por manifestar la gloria de Dios, su verdad, su justicia y su Reino en el mundo. La esperanza de María se ha convertido en la espera amorosa y vigilante de todas las personas que, siguiendo su ejemplo, se consagran totalmente al misterio del Amor. Y concluía con una oración que quiero repetir, y la dedico no sólo a los hombres y mujeres que optan por los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia según las diversas formas reconocidas por la Iglesia, sino a todos los que en el celibato por el Reino profesan la primacía del mundo futuro:

*Virgen de la Anunciación,
te pedimos que nos ayudes a ser felices en la esperanza;
enséñanos a vigilar el corazón,
danos el amor solícito de la esposa,
la perseverancia en la espera,
la fortaleza en la cruz.
Dilata nuestro espíritu
para que ante la expectación
del encuentro definitivo
tengamos la fuerza de renunciar
al bien de una familia propia
para anticipar en nosotros y los demás
la tierna e íntima familiaridad con Dios.*

*Consíguenos, Madre, la alegría
de gritar con toda nuestra vida:
¡'Ven, Señor Jesús',
ven, Señor resucitado,
ven en tu día sin ocaso
para mostrarnos por fin
y para siempre tu rostro!»*

B) Tiempos y gestos de la gratuidad: el voluntariado

El documento del Consejo Presbiteral dedicado a la vigilancia recordaba que «la existencia que hay que vivir en la vigilancia hay que vivirla haciendo fructificar los talentos recibidos (Mt 25,14-30), y de manera más precisa y definitiva reconociendo y atendiendo al Señor en sus hermanos más pequeños» (Mt 25,31 ss).

Los gestos de solidaridad son, por tanto, el fruto maduro de la vigilancia. El tiempo no es ya sólo contrato, es decir, un intercambio con beneficios equivalentes o con dinero, sino don. Es el tiempo del encuentro con el límite y el sufrimiento, el tiempo de la paciencia y la mutua ayuda, el tramo para confrontarse con el rostro del hermano y la hermana más débiles sin defendernos con algo ya previsto.

El voluntariado exige hoy, sin embargo, una formación específica también. Que yo me abra, salga de casa y ofrezca comprensión valen si acepto prepararme para la misión que quiero realizar. Asistir a un enfermo de SIDA, por ejemplo, no es lo mismo que enseñar a jugar a los niños o visitar a un anciano enfermo.

La formación debe tener en cuenta especialmente las «afinidades electivas» entre el sujeto que se ofrece como voluntario y el servicio para el que se ofrece. No todos son aptos para cualquier clase de voluntariado. Hay que tener la paciencia necesaria para reconocer las propias actitudes de carácter, las motivaciones, la

capacidad de resistencia y la predisposición para implicarse. El primer regalo auténtico de los voluntarios es entregarse como uno es realmente, no sólo teniendo en cuenta el entusiasmo o lo que cree uno ser, lo que cree que puede dar y lo que quiere dar. El segundo regalo es la humildad para aceptar que quien es más experto que nosotros nos indique las tareas para las que mostramos más idoneidad.

Por eso invito a las comunidades cristianas a dar importancia a la formación de base y a aprovechar las iniciativas de *Caritas diocesana* y de las «caritas» parroquiales, con la invitación a crearlas donde no las haya.

Existe también una pedagogía del voluntariado que deben desarrollar las parroquias y decanatos. Además del conocimiento de las técnicas para escuchar, acercarse, acoger y ayudar, se precisa una indagación que tienda a unificar las prestaciones voluntarias con la perspectiva de un sentido en las que deben basarse. Esa perspectiva se señala en el capítulo segundo de la carta, en el que se reflexiona sobre la teología de la vigilancia: la filantropía es un talento importante, pero la caridad es otra cosa, pues tiene su raíz en la fe y la esperanza y procede de Dios amor, que tiene tiempo para el hombre y hace significativo para el cristiano el tiempo gratuito.

La última etapa de la formación se refiere al sector en el que se desenvuelve el voluntariado midiéndose con sus problemas, con las personas y con las dificultades externas, pero también con las que se pueden presentar inesperadamente dentro de nosotros. Cuanto más crece el desafío, más complejas son nuestras reacciones: frustraciones, depresiones, derrotas y sentidos de impotencia que nunca hubiéramos imaginado soportar. Pienso en quienes se dedican a seguir a los enfermos de SIDA viendo en ello la metáfora del espíritu

voluntario y, al mismo tiempo, de las energías necesarias en la línea de la esperanza teológica. El enfermo de SIDA es incurable, por lo menos hasta ahora, y supone una paradoja para la medicina, nacida para curar, y una provocación para el voluntario que ordinariamente despliega sus energías con el deseo de cambiar la situación.

En esta clase de asistencia y en muchas otras (basta pensar en los enfermos mentales, ancianos crónicos, toxicómanos que vuelven a caer), la realidad objetiva presente no puede ser cambiada. Un posible cambio únicamente se da en el corazón, con el constante aguante de un desaire en el plano de los resultados concretos, la aceptación del propio límite y el abandono en la plenitud de vida que Dios dará en su Reino a los pobres (cf. Lc 6,20).

C) Algunos tiempos litúrgicos especialmente significativos

La decisión de la Iglesia de comenzar el año litúrgico con el tiempo de Adviento nace de una sabiduría pedagógica antigua y profunda. La iniciativa de Dios de visitar a su pueblo y de establecer su morada entre nosotros exige al discípulo un corazón preparado para vigilar. A lo largo de las seis semanas que, según la tradición de la iglesia ambrosiana, preparan la Navidad, la liturgia ofrece senderos sugestivos para educarnos a esperar al Señor y acogerlo gozosamente.

Sugiero que se utilicen las lecturas de las misas dominicales para subrayar el tema de la vigilancia a la espera del Señor.

Pero el momento más significativo de la liturgia en el que se nos educa a la vigilancia es sin duda la Vigilia Pascual. El Consejo Diocesano de Pastoral aprobó a este respecto una moción que dice: «Es necesario que

la pastoral haga hincapié en el sentido y el valor de la Vigilia Pascual, la primera de todas las vigilancias, y que sobre este paradigma la comunidad cristiana manifieste, con la participación auténtica en los sagrados misterios, la espera del Señor que viene». El documento del Consejo Presbiteral añade que es preciso recuperar tanto el sentido de la Vigilia Pascual como el de las distintas «vigilias» que se celebran en la liturgia. Tal sentido no puede consistir ciertamente en instituir y celebrar una espera disociada de la establecida en la misma vida cristiana, sino en sostener y expresar eficazmente esa espera.

Celébrese, pues, la Vigilia Pascual como signo de toda una comunidad que vigila y espera, escogiendo bien el horario, favoreciendo un intenso clima de oración, viviendo la tensión con Cristo el Señor, conforme al ritmo de los grandes símbolos cristológicos que se encuentran en el centro de las cuatro partes de que se compone (luz, Palabra, agua, pan y vino). Es el centro y la fuente de todos los misterios del Señor celebrados en la liturgia.

Tenemos que encontrar, a partir del descubrimiento de la Vigilia Pascual, el gusto de las «vigilias» como momentos fuertes de oración en unión con la oración de Jesús en el huerto de los olivos, con sus oraciones nocturnas durante la vida pública, con las vigilias de los monjes y los religiosos de los claustros, con todos los que velan en los turnos de trabajo, en los hospitales o con sufrimientos de pesados insomnios y angustias solitarias (recordemos a los presos, a los encarcelados, a los secuestrados y a los que no tienen perspectivas para el mañana). «Jesús estará en agonía hasta el final del mundo», decía Pascal, lo estará en el sufrimiento de todos los hombres, y la Iglesia se hace compañera vigilante en la agonía de sus hijos.

No es necesario que la vigilia tenga siempre un ca-

rácter penitencial. En algunas vigiliias, como la de Pentecostés, se festeja el don del Espíritu Santo y la entrega gozosa de la fe. Pero todas las vigiliias se distinguen por cierto espíritu de sacrificio, de sobriedad, de perseverancia en la oración prolongada y de atención a los sufrimientos del mundo.

Animo a las comunidades parroquiales, y especialmente a los grupos juveniles, a repasar su calendario de vigiliias, especialmente en los tiempos fuertes, tratando de ver qué se puede hacer para enriquecer a todos los que con buena voluntad participan en estos momentos que purifican y enriquecen el espíritu. Habrá que tener también presente la oportunidad de esos momentos para la preparación y el ejercicio del sacramento de la reconciliación, así como para la penitencia voluntaria.

En cuanto al *domingo*, que tiene en el centro la celebración eucarística, debe mantener su insistencia original de espera vigilante. Se trata de un momento fundamental de la vida de la comunidad para el que es necesaria mucha atención pastoral.

Considero que siguen siendo actuales e incisivas algunas expresiones de la nota pastoral *El día del Señor*, de la CEI, publicada en 1984: «En su preciso significado cristiano, el domingo es especialmente el primer día de la semana, el *una sabbatorum*, el día en que Dios recomienza su obra creadora. Es también el día del descanso, degustación previa y prenda del descanso verdadero, último y eterno; el día sin fin, después del cual no habrá un nuevo día: el octavo, el último, el definitivo. El día en que el trabajo cede definitivamente su sitio a la contemplación, el llanto al gozo, la lucha a la paz. No coartada a la pereza, sino proyecto y esperanza para dar sentido e intrepidez al compromiso de anticipar ya en el presente lo que se contempla y espera como futuro. El cristiano no es un ingenuo, no se

engaña creyendo que puede hacer de la tierra un paraíso. El cristiano no sueña, sino que actúa. Y mientras contempla un ideal que sabe que es irrealizable en el presente, no deja de afanarse para que la realidad se parezca a ese ideal. Pero deja para otro día la suerte de introducirlo en aquel mundo, en aquella vida tanto tiempo contemplada, preparada y esperada» (n. 20).

Recuerdo también el carácter importante de vigilia que tiene nuestro tiempo al que alude constantemente el Papa: la llegada del año 2000, que pide a toda la humanidad, y especialmente a la Iglesia, el compromiso de una nueva evangelización, para poder presentar al Señor un pueblo reconciliado en la memoria de su venida a Belén en la espera de su venida en la gloria.

3. Tres realizaciones diocesanas de la «vigilancia»

Me parece útil recordar tres compromisos especiales que pueden ayudarnos a recordar la vigilancia.

A) *El cuidado de los enfermos y de los ancianos en dificultad*

Estamos llamados a examinarnos, como individuos y como comunidades parroquiales o grupos, sobre las atenciones que debemos a grupos de personas que deben soportar con fatiga el transcurso de su vida, de alguna enfermedad, o la angustia de la muerte. ¿Qué aspectos hemos descuidado y qué iniciativas pueden relanzarse? ¿Cómo conseguir que los enfermos vivan el sacramento de la unción con los sentimientos de fe y esperanza que pide la catequesis?

La enfermedad es una gran llamada a reflexionar sobre los destinos últimos de la existencia humana. Cuando estamos bien no pensamos en ello, pero la pérdida

de la salud cambia los proyectos a los que nos llevan el bienestar y el consumismo, y de pronto nos vemos frente a problemas nuevos y a menudo angustiosos. ¿Tenemos para tantos interrogantes como asaltan al enfermo una respuesta adecuada, tempestiva y confortante? Señalo al respecto dos pistas educativas: una para la pastoral juvenil y otra para la pastoral de la sanidad. Si educar a los jóvenes de hoy significa ayudarles a tomar decisiones de vida contra corriente, juntamente con la perspectiva de la consagración radical a Dios por el Reino, incluso en el ámbito sanitario, tenemos también la de privilegiar, en igualdad de aptitudes, las profesiones de intensa carga humana.

Las escuelas de enfermería dirigidas por personal religioso son de mucha utilidad para preparar a las personas a responder a las preguntas importantes de los enfermos.

Los ancianos, la tercera y la cuarta edad, ser o volverse anciano, interpelan los tiempos y lugares de la vigilancia. En primer lugar, porque la vejez, en su doble conversión en «ancianidad» (crece el número de los viejos) y en «longevidad» (crece el tiempo de vida de los viejos), es un lugar y un tiempo «censurado», conjurado, alejado del sentir común y del colectivo imaginario. En la misma neutralización del lenguaje (se dice «anciano» y no «viejo») deja de aparecer un tiempo de vida. Hasta sucede que los servicios para los ancianos se convierten en lugares de olvido de sí por lo inaceptable de este tiempo del que se elimina cualquier excedente de sentido, lo único capaz de hacer vivir esa transición.

Hay un triple recorrido de la vigilancia que cabe confiar a una comunidad cristiana que vigila:

Recorrido cultural. Restituir dignidad a la vejez como tiempo de vida, concediendo la palabra a la vida de los

ancianos, dando voz a su memoria, promoviendo momentos culturales y comunicativos.

Recorrido estructural. Buscar en los lugares habituales de la vida y la convivencia las mejores condiciones para el anciano, formando «familia» con él cuando falta la natural o de origen, manteniéndole en su casa, derribando las barreras arquitectónicas, facilitando con oportunas informaciones el acceso a servicios de prevención, sociales, sanitarios, asistenciales, creando espacios físicos, afectivos y sociales cuando su situación esté más expuesta al riesgo del abandono y la soledad.

Recorrido funcional. Acompañar a la tercera y la cuarta edad con todas las formas de solidaridad familiares primarias y secundarias y con servicios públicos o privados de atención social para que estas personas se sientan vivas. Vigilar para que esté garantizada la tutela de la salud en los ambulatorios, en las casas y en las residencias, y para que se pongan en marcha todos los servicios sociales necesarios.

La vigilancia de la comunidad cristiana debe seguir promoviendo todas las formas de proximidad:

- la asistencia, como acompañamiento para acceder a los servicios;
- la asistencia previsor, social, sanitaria y legal;
- la asistencia doméstica y a domicilio (de enfermería, habilitadora, rehabilitadora, integradora);
- la asistencia durante el internamiento hospitalario (sobre todo en los casos de soledad y especial gravedad);
- la asistencia y colaboración en la hospitalización a domicilio;
- la asistencia y el cuidado, el apoyo y la ayuda en todas sus formas de no autosuficiencia física y psíquica;

- la asistencia y la compañía durante la enfermedad larga o terminal (especialmente en casa);
- la acogida familiar de ancianos solos;
- los modos imprevistos e imprevisibles de intervención personal y familiar que eviten la institucionalización del anciano;
- la proximidad vivida y testimoniada del individuo, de la familia y de la comunidad en las situaciones de internamiento de la persona anciana;
- la proximidad a las situaciones límite en las que sucede que el anciano enfermo o incurable se convierte en incurable para la sociedad.

La genialidad cristiana protege a la tercera y la cuarta edad para que sea un tiempo vivo y no muerto, protegido y no expuesto, de sensatez y no de desesperación.

B) *La atención educativa de los adolescentes*

Hemos dicho que la vigilancia es un talante de vida responsable que sabe atender a cualquier persona. Por consiguiente, no puede faltar en el bienio dedicado a la vigilancia una atención específica a muchachos y jóvenes, prosiguiendo el esfuerzo emprendido en anteriores programas pastorales.

Pido a la pastoral juvenil y a todas las instituciones que trabajan entre los jóvenes que sigan elaborando el «proyecto educativo», de tal forma que tenga en cuenta las distintas edades y situaciones de los jóvenes y los guíe a recorrer caminos vocacionales auténticos.

En el bienio sobre la comunicación hicimos hincapié en los jóvenes de 18-19 años y en el modo de recibir de los adultos la fe que debe transmitirse. Tratemos de ampliar el compromiso teniendo en cuenta especialmente la acción educativa con los adolescentes, es decir, con los que se preparan a la profesión de fe (14

años) y los que comienzan a proyectar sus derroteros al comienzo del BUP o del COU.

Sabiendo que la preocupación por uno es señal de la preocupación por todos, trataremos de armonizar los pasos por las distintas etapas con las que se articula el itinerario juvenil hacia una opción de fe personal, convencida y madura.

La profesión de fe de los adolescentes de 14 años. Estos muchachos que se preparan a la profesión de fe asumiendo por vez primera, y de forma pública, la responsabilidad del tiempo de su vida con vistas a la eternidad, viven una edad fascinante y difícil. Por tanto, no debe faltarles una atención especial de la comunidad cristiana adulta. Se ha hecho mucho en la diócesis a este respecto, pero queda mucho por hacer para que sea potencialmente accesible a todos los confirmados un itinerario formativo. Me gustaría saber, por ejemplo, cómo se ha utilizado el folleto *¿Hay aquí un muchacho? ¿Qué se puede hacer para llevar a la práctica lo sugerido en Educar todavía*, donde se dice que hay que asignar a cada chico y a cada chica de la confirmación un educador que lo acompañe hacia la profesión de fe?

El camino educativo de los adolescentes de 15-17 años. Estos muchachos atraviesan un momento espléndido y delicado que, en el contexto de nuestra cultura y de una sociedad fragmentada y carente de valores compartidos, a menudo resulta fatigoso. Conscientes de su desorientación, tratemos de comprometernos en mantener su generosidad educándoles al don de sí mismos.

Invito a las familias, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, a los educadores y educadoras a desplegar valientemente sus mejores capacidades educativas en trabajos en grupo y a valorar las iniciativas formati-

vas que se proponen aquí y allá a los educadores de los grupos parroquiales.

C) *Vigilar sobre la comunicación*

Quiero también llamar la atención brevemente sobre el tema de la comunicación a través de los medios de comunicación social, que fue objeto de la carta pastoral del año pasado y que desearía se convirtiera en atención pastoral normal (cf. también *Aetatis novae*, nn. 17 y 20, y *Redemptoris missio*, n. 37). Se trata de un tema sobre el que debemos vigilar concretamente.

Con este fin, invito en primer lugar a los sacerdotes y educadores a tener mucho cuidado y mucha atención para tratar de descubrir personas competentes que trabajen en el difícil campo de los medios de comunicación. También invito a todos los centros educativos (seminarios, pastoral juvenil, colegios, comunidades parroquiales, etcétera) a buscar itinerarios específicos que formen en el tema de la comunicación y de los *mass media*.

Exhorto asimismo a los consejos pastorales parroquiales a usar los semanarios diocesanos como instrumentos de trabajo para vigilar sobre la sintonía de la acción pastoral local con la de toda la diócesis.

En el cuadro más amplio de los instrumentos de comunicación de inspiración cristiana del ámbito nacional, cabe recordar el diario católico *Avvenire*. Cualquier cristiano que quiera ser protagonista y vigilante en la compleja realidad de hoy, debe sentirse estimulado a usar, y no sólo episódicamente, este periódico. Todos debemos sentirnos comprometidos en el crecimiento y valoración de ese instrumento.

Otro servicio concreto que se podría ofrecer es el de la educación del lenguaje televisivo con la práctica del «teleforum», tanto por medio de expertos que puedan

ayudar al espectador en el análisis del lenguaje específico televisivo, como reuniendo a varias familias en una especie de «grupo de visión» para discutir sobre un programa determinado, una forma de actuar más humilde pero muy útil.

Conclusión. El próximo año de la «vigilancia»: el Sínodo diocesano

Recuerdo, como conclusión, que a este primer año pastoral dedicado a la vigilancia, en el que pido especialmente una reflexión de fondo sobre el tema y su importancia en la vida cristiana, seguirá otro año en el que nos dedicaremos específicamente al compromiso que aparece ya en el horizonte desde hace algún tiempo: el XLVII Sínodo diocesano. Nos estimulan a él, por una parte, las normas de la Iglesia y, por otra, la necesidad de determinar la situación pastoral después de los programas anuales que han marcado el ritmo de nuestro camino y piden ahora una ordenación sintética capaz de presentar el rostro de nuestra Iglesia en los umbrales del año 2000. Vendrá a ser, por tanto, una realización práctica más completa de la vigilancia.

A lo largo del año se irán dando las orientaciones oportunas para la preparación del Sínodo, que debe ser especialmente un acontecimiento espiritual, una mirada de confianza hacia el futuro a la espera de la vuelta del Señor. Así concluirá el ciclo de los programas pastorales con la invocación que une al Espíritu y la Esposa: «¡Ven, Señor Jesús!».

ORACIÓN-EXAMEN DE CONCIENCIA SOBRE EL TIEMPO

De las cosas últimas no tenemos una experiencia directa. Hablamos de ellas por medio de símbolos, parábolas y proyecciones que parten de nuestra vivencia de la fe y de nuestra experiencia, conscientes de no saber decir adecuadamente lo que las palabras de la fe nos hacen intuir. Ante realidades que nos superan y al mismo tiempo nos urgen, el lenguaje más evocativo y que más se introduce en las realidades inefables es el lenguaje de la oración. No sólo la oración como palabras humanas dirigidas a Dios (pues cada uno de los vocablos están en ese caso gravados con la hipoteca de la analogía y de la ley del símbolo), sino la oración como vuelo del corazón, llevado por el Espíritu hacia las cosas de Dios.

Para estimular ese ejercicio, ofrezco una muestra amplia de textos para orar con ellos: catorce esbozos o rasgos, o bien catorce estaciones de una «via lucis» o «via aeternitatis» que pueden recorrerse seguidas o de forma alterna, decidiéndose por una o por otra según la orientación del espíritu. Sólo son un ejemplo o un trampolín para lanzarse a un encuentro a corazón abierto con el Dios de la promesa eterna, para que nos haga gustar en algo lo inefable y nos encante con las reali-

dades que nos están solicitando ya y que un día contemplaremos sin ningún velo.

La propuesta tiene forma de «oración-examen de conciencia sobre el tiempo» y sobre las distintas vicisitudes que nos hacen pasar de nuestro tiempo al tiempo sin tiempo. Fruto de la oración será vivir con amor y paz el breve tiempo de la tierra.

1. La filiación

Padre, sé
que mi tiempo es hermoso a tus ojos
porque soy hijo tuyo.
Un hijo buscado con amor,
tiernamente concebido y pensado desde un tiempo inmemorial,
dado a luz y llamado por su nombre con júbilo festivo.

Un hijo muy atentamente seguido,
aun habiendo sido confiado a otras manos solícitas.
Un hijo buscado en todos sus abandonos,
hasta cuando pudo perderse por propia iniciativa.
Un hijo generosamente abandonado a su libertad
y a la responsabilidad que le hacen ser
hombre o mujer.

2. La elección

Padre, sé
que el tiempo que me das es un don sincero
y que se convierte a todos los efectos en mi tiempo.
Rasgo pequeño,
pero indeleble e irrepitable,
de una existencia personal que atraviesa la vida del mundo.
Tú la reconoces entre mil
con tu mirada infinitamente límpida y profunda.
Por más pequeña, débil y endeble
que sea la línea del tiempo que mi huella recorre,
es sólido e indestructible el valor de su signo

desde el primer instante,
pura la intención que expresa
e indefectible el vínculo y la promesa que la acompañan.

El don se renueva en cada instante del tiempo,
y con él la certeza de que,
aunque todos me abandonen,
por lo menos me buscas tú,
soy muy importante al menos para ti.

3. La tentación y el pecado

Dios mío, bien sabes
que a menudo los acontecimientos del tiempo nos separan
de ti.

Acontecimientos a veces difíciles,
al límite de mis capacidades de querer y entender.
Cuando la dureza de lo que acontece me turba,
cuando tu aparente distancia me hiere y me vacía,
entonces me abandonan las fuerzas
y la esperanza se debilita hasta llegar a faltarme.

En esos momentos soy muy débil
y fácil a la *tentación*.
La tentación de ceder a la angustia del tiempo que se me
escapa,
cuando la imagen de un final que se cierne inexorable
prevalece sobre la de la conclusión que se acerca.

En lugar de enfréntarla y vencerla,
siento la tentación de ahuyentar la angustia
con un cuidado obsesivo de mi cuerpo,
huyendo de la pobreza y la enfermedad del otro,
aturdidos los sentidos y endurecido el corazón.
Nada veo ya detrás de mi nacimiento,
nada decisivo en la vida
y tampoco descubro nada más allá de mi muerte.

4. El resentimiento

Dios mío, bien sabes
que esta angustia depende también del temor

de perder el bien que he recibido y tal vez donado.
Lo grave de mi descarrío casi siempre se debe a la *sospecha*

de que tú no tengas tiempo para mí,
de que en modo alguno haya un tiempo infinito
al que ansie acogerme.

Todo esto me deja incierto sobre el tiempo que ahora *me dedicas*

y dudoso al final sobre la calidad del don recibido.

El *resentimiento*,

agazapado a mi puerta,

oscurece los signos de tu bendición y de tu promesa.

Hasta me siento amenazado y perseguido
por la mirada que me diriges.

La perspectiva de tu venida

se une a la imagen de la desventura,

y te oigo llamar a mi puerta

con los golpes duros y graves de la muerte anunciada.

5. Reconozco mi culpa

Señor y Dios mío, bien sabes

que entonces, desconfiando de ti,

comienzo a malgastar el tiempo que me das

en lo que vale menos que el amor auténtico

y dura menos que la vida.

Mi tiempo es entonces frenético y vacío,

me vuelvo avaro del tiempo que me das para otros

y *malgasto el tiempo que encuentras para mí*.

Mi mirada se vuelve pequeña y egoísta,

fría y calculadora.

Aun cuando resisto, tal vez por ser un vil,

a los golpes más graves,

hago más pesado el tiempo de la vida humana

con la mezquindad premeditada de mi forma de sentir,

y hasta incluso de creer, de esperar y de amar.

Las *opciones*, entonces, las *regula* la conveniencia

y no el descubrimiento de tu entrega.

Y dejan amplio espacio a esa cuota de arrogancia,

de arrivismo y de hipocresía

que permiten que exprima al tiempo que se me da

todo el bienestar de que soy capaz.

6. Arrepentimiento

Dios mío, sabes

lo débil y poco preparado que estoy para usar bien el tiempo.

No te fíes mucho de mi resistencia a la tentación,
no me dejes mucho tiempo expuesto a la prueba.

Porque yo quiero sinceramente

bendecir tu nombre,

deseo realmente entrar en tu Reino,

estoy seguro de que tu voluntad

es el cumplimiento de mi bien.

Creo de todo corazón

que tú conservas las cosas buenas

para las que consigo encontrar tiempo,

con el fin de que no se pierdan.

Y que estás dispuesto a disculparme por el tiempo que he
perdido

en el instante en que consigo vencer el miedo

y *confesar* mi culpa.

Cuando te dedico el tiempo que me confías,

y lo arriesgo para ir en socorro

de la carencia de mi hermano,

sé que el tiempo se enriquece

hasta cien veces, ya desde ahora,

con lo que mucho se me perdona.

Y cuando por fin reconozco la estupidez de mi culpa

y me vuelvo *arrepentido* hacia ti, Padre,

no encuentro ni sombra de tu resentimiento,

y sí la tenacidad de tu fidelidad.

Descubro que mi tiempo perdido

fue para mí el tiempo de la espera

y el tiempo inesperadamente encontrado

es de pronto el tiempo de la fiesta.

7. La justicia de Dios

Señor, es verdad

que el Evangelio de la *justicia de Dios*

es mi apoyo y mi consuelo.

Mi incredulidad teme tu juicio,
pero la fe que me das con tu amor
diluye en la esperanza cualquier angustia de mi alma.
La certeza de que sólo tú tienes la última palabra
sobre las inclinaciones verdaderas de mi corazón,
me conforta.
La limpidez de tu mirada me tranquiliza,
la comprensión de tu mente me asegura,
la humanidad de tu modo de compartir me da la paz.

Es hermoso pensar
que en el fondo de esta parábola de iniciación
a la vida eterna que me has destinado,
tu mirada infalible y segura
hará fermentar la conciencia hasta su verdad infinita
haciendo que nos sea accesible en cualquier dirección
y permitiendo que entendamos y apreciemos el valor de
todos los gestos,
palabras, símbolos,
afectos y vínculos.

8. El juicio

Verdaderamente, Señor,
tu *juicio* nos libera del peso
de cualquier malentendido insuperable,
de cualquier consideración parcial,
de cualquier perspectiva limitada.
Nadie, ni siquiera las personas que más nos han amado,
puede reconciliarnos totalmente
con la verdad de nuestro corazón.
Tampoco a las personas que más amamos
podemos nosotros asegurarles la alegría
de una comprensión perfecta,
de una estima total.

Pero la señal luminosa de tu amor
es el gesto que brinda
a nuestra entrada en el tiempo infinito de la vida
la forma de la elección,
quitándonos también el peso insoportable de tener que pro-
nunciarnos

con perfecto dominio sobre la libertad de las cosas
y la absoluta diferencia del bien y del mal.
Así la dignidad de la existencia
que nos has dado se conserva intacta
y la obsesión del prejuicio humano
de una debilidad sin remedio
está lejos para siempre.

Nadie está condenado a su propia debilidad,
ni a nadie le premia la astucia de su prevaricación,
como sucede entre los hombres.

9. Purgatorio

Tú sabes, Señor y Padre mío,
que quiero abandonar en ti mi vida y mi muerte,
como Jesús.
Porque tú eres la pureza absoluta,
la luz que ilumina los rincones más oscuros de mi corazón,
los rincones que no se abren a ti con la vigilancia,
que siguen estando prisioneros del tiempo
y de la frustración.

Así, después de la muerte, todavía me darás
algún otro tiempo misterioso
distinto del terreno
para realizar en mí, plenamente,
el nombre nuevo que me diste desde siempre,
la condición de hijo, la única que me permitirá
llamarte —mirándote a los ojos— «Padre».

Voy en paz al encuentro
con este tiempo de *purificación*, sin angustia,
sabiendo que me amas,
con el único deseo de presentarme a ti
con el vestido blanco de bodas.
Voy al encuentro con alivio
porque me libera de la obsesión de una perfección absoluta,
abandonándome yo mismo y lo poco que he hecho
y lo mucho que dejé de hacer
en tu amor purificador.

10. Infierno

Realmente, Señor mío,
no me resulta posible pensar
en ninguna razón válida para rechazar tu Evangelio.
No consigo ver un tiempo más *perdido*
que el que empleo para resistirme a Él.
Las señales de su Verdad son sencillas,
transparentes, al alcance de todos:
los ciegos ven, los cojos caminan,
se libera a los prisioneros, se redimen los pecadores,
se les anuncia a los pobres la buena noticia.

No puedo imaginarme a nadie que se sienta desilusionado,
por muy herida, equivocada y marginal que pueda aparecer
su vida a sus propios ojos.

A no ser que exista un ser humano que,
hasta el último momento, *se resista con violencia ante la
idea*
*de que tú tengas también un tiempo para otro
a quien él no ama,*

que se oponga con rabia a la posibilidad
de tener que compartir los bienes de la vida
con aquellos a quienes tú llamas a la existencia,
que considere que no hay salvación en ti
ni redención ni perdón.

A no ser que un hombre o una mujer
no quieran en modo alguno dejarse persuadir
ante el cuadro de tu Hijo,
inocente y muerto,
y encuentren en ello motivo de *desafío al Espíritu Santo*
contra toda posibilidad de demostrar
—en algún sitio y en algún tiempo—
la diferencia radical entre el bien y el mal.
Perspectiva terrible,
por encima de todas,
porque en la conciencia que se deje plasmar con ese pe-
cado

todo resquicio se cierra y todo tiempo está perdido.

Me doy cuenta de que hay algo terrible
en las consecuencias de esa intolerancia e incredulidad.
Sin embargo, cada día advierto los signos dramáticos

de esta perversa espiral:
en la avidez que requisa los bienes de la tierra,
abusa del poder y la riqueza
y condena de muchos modos a los demás a la muerte
con razones que son un pretexto.
Razones y pretextos que saca, para justificarse,
de donde sea:
de la historia y de la ciencia,
de la política y de la economía,
de las filosofías y de las religiones.
Razones y pretextos que sirven, como las piedras de las
tumbas,
para cerrar el corazón dentro de un sepulcro de soledad.

¡Señor, que no quede yo confundido eternamente!

Yo sé, Dios mío,
que tu justicia es el principio mismo
de la diferencia radical entre el bien y el mal
y que su firme custodia es protección y rescate
de todo amor herido, de toda debilidad engañada.
Tu tiempo, Señor,
es el tiempo en que la diferencia entre el bien y mal,
lo santo y lo obscuro, lo bello y lo horrendo,
se afirma en favor del hombre.
En cambio, cualquier tiempo dedicado a negarte
es extraño a tu justicia
y a la realización de nuestro deseo.
Está destinado a ser,
en el espíritu y en la carne,
un tiempo duramente herido por un deseo abrasador
que queda lejos de su cumplimiento.

En él está infinitamente representada y repetida
la propia figura de la muerte que nos asusta,
la que las Escrituras llaman «segunda muerte».
Es el tiempo de una existencia «infinitamente perdida»
que a nadie cabe desear.
¡Libranos, Señor, de la segunda muerte!

11. La esperanza

Espíritu bendito y santo,
yo sé que acoges el gemido de todas las criaturas

resistiendo toda sabiduría falsa,
toda prevaricación de las potencias.
Sé que tu solícita inspiración nos convence de la *esperanza*
y tu energía espléndida nos levanta de cualquier postración.

Mi corazón se alborozaba pensando
que la dignidad del hombre y la belleza del mundo
son objeto de tu obstinada fidelidad
y de tu cuidado inagotable.

Confío en la fuerza de tu protección
y con temor y temblor espero en el poder de tu rescate
para el tiempo del hombre y de la mujer.

He aprendido de ti
que un tiempo libre del mal y protegido del maligno
se hace accesible para cada uno sólo por el amor
y la fidelidad que lo acompaña.

La cualidad de la vida que ahí se nos abre
la decide la apertura del corazón a tu sabiduría.
Sé que ese tiempo está cerca, que está aquí.

Ya ahora nos apremia afectuosamente
en la contemplación de tus signos:
en el regocijo que acompaña a cualquier derrota del mal,
en la firmeza que vence a la prevaricación,
en la ternura que se inclina a cualquier debilidad.
En la experiencia del Hijo crucificado
que se repite para todos aquellos
que son perseguidos a causa de la justicia
y en la certeza del Resucitado que se transmite
por obra de los discípulos que edifican la Iglesia,
encuentro una confirmación decisiva.

La multiplicación del mal no tiene futuro,
la mediocridad interesada no tiene esperanza
de poder prolongar su supervivencia
a costa de los puros de corazón, de los creadores de paz,
de los apasionados por la justicia;
y con ella, todo egoísmo religioso cerrado en su propio privilegio,
todo cálculo político cerrado en el propio dominio.
Todo esto debe consumarse
en el fuego de la ira de Dios,
en la incandescente pureza
del amor crucificado de Jesús.

Yo sé, Señor,
que el pueblo de las bienaventuranzas
y la hileras de los testimonios fieles
se verán finalmente resarcidos del tiempo de las lágrimas,
y tú serás todo en todos, en la plenitud del Reino.

12. La muerte corporal

Reconozco, Señor,
que la duración de mi condición mortal
está gravada con la separación maligna
que se produce en la incredulidad entre nuestro tiempo y
el tuyo.

Y sé que esta separación se refleja
en la angustia con que transcurre el tiempo
que cada uno de nosotros trata de tener para sí mismo.
La melancolía del tiempo inexorablemente pasado
es hija de la incredulidad
y madre de la desesperación.

La *muerte* se presenta entonces —y sólo entonces—
como una demostración de la inutilidad del tiempo del
amor.

Los golpes con los que el dolor llama a la puerta de casa
se convierten en signos de un destino implacable
que asigna a la muerte la última palabra.
La nostalgia del tiempo perdido
se transforma en una enfermedad
que hace crónica la pérdida de cualquier sentido del tiempo.

13. Pero tú estás llamando a mi puerta

Pero si yo, Señor,
aplico el oído y aprendo a discernir los signos de los tiempos,
oigo claramente las señales
de tu confortante presencia en mi puerta.
Y cuando te abro y te acojo
como huésped cautivador en mi casa,
el tiempo que pasamos juntos me da seguridad.
En tu mesa comparto contigo
el pan de la ternura y de la fuerza,

el vino de la alegría y del sacrificio,
 la palabra de la sabiduría y de la promesa,
 la oración de la acción de gracias
 y del abandono en las manos del Padre.

Y vuelvo a la tarea de la vida
 con indestructible paz.
 El tiempo pasado contigo,
 comiendo o bebiendo,
 es un tiempo arrancado a la muerte.
 Ahora,
 aunque quien llame sea ella,
 sé que serás tú quien entre:
 ha terminado el tiempo de la muerte.
 Tenemos todo el tiempo que queramos
 para explorar danzando
 las huellas iridiscentes de la Sabiduría de los purificados.
 E infinitas miradas de entendimiento
 para saborear su belleza.

14. La vuelta de Cristo

Jesús, tú que viniste al mundo
 naciendo de la Virgen María,
 tú que a cada instante vienes a mi vida
 y a la vida de cada hombre y de cada mujer,
 tú que llamarás amorosamente a mi puerta
 también en el momento de la muerte,
 un día *volverás*
 para dar por terminado este tiempo
 que estamos llamados a vivir
 como precioso don de Dios,
 anticipo y preludeo de la bendición eterna.

Haz que podamos desear el día de tu vuelta,
 cuando la finitud de la creación
 deje el sitio a nuevos cielos y nueva tierra
 y estemos todos juntos
 en la bienaventuranza infinita de la Trinidad santa.
 Por siempre. Amén.

Milán, 6 de agosto de 1992
Fiesta de la Transfiguración del Señor

ÍNDICE

PREMISA: «Perdón, no tengo tiempo»	5
INTRODUCCIÓN	7
Estoy llamando a la puerta. Marana tha: ¡Ven, Señor!	7
¿Por qué «vigilar»?	9
I. «NO TENGO TIEMPO»	15
1. La resistencia a ultranza: desafiar el tiempo con la ostentación del tener y el hacer	17
2. La evasión resignada: anestesiar el tiempo con el culto de la negligencia y de la transgresión	19
3. Vigilar: estar atentos y tener cuidado ...	21
II. ESTOY LLAMANDO A LA PUERTA: DIOS TIENE TIEMPO PARA EL HOMBRE	27
1. Dios vigila el tiempo del hombre y se preocupa de él	28
2. Dios viene en nuestro tiempo	29
3. Llamados a tener tiempo para Dios: «¡Lázaro, sal fuera!» (Jn 11,43)	30
4. Llamados a tener tiempo para Dios: las doce horas luminosas (cf. Jn 11,43)	31

5. La esperanza	31
6. Vida y muerte a la luz de Cristo y de su Pascua	33
7. Los otros «novísimos» a la luz de la Pascua	34
8. ¿Qué podemos esperar para esta tierra?	37
9. La conversación celestial	41
III. VIVIR EL TIEMPO PRESENTE A LA ESPERA DE SU VENIDA	43
1. Discernir lo último y lo penúltimo: una ética de la vigilancia	44
2. Vivir los días feriales con corazón de fiesta: la espiritualidad de la espera	45
3. Por una ascética de la vigilancia	46
4. Una ética de la responsabilidad	48
5. Algunos ámbitos de la vigilancia	50
6. Por una pedagogía de la vigilancia	52
7. La responsabilidad de las profesiones	54
8. La Iglesia, pueblo de los peregrinos de Dios: la constante reforma y su alimentación en la liturgia	55
IV. ITINERARIOS DE LA VIGILANCIA	59
1. El tema de la vigilancia en los programas pastorales precedentes	60
A) «Estoy llamando a la puerta» (Ap 3,20): reconocer la primacía de Dios	61
B) «Si alguno abre la puerta» (Ap 3,20): acoger la Palabra que viene	63
C) «Cenaré con él» (Ap 3,20): celebrar la Eucaristía a la espera del Señor	64

D) «Bien, criado bueno y fiel» (Mt 25,21): hacer fructificar lo que se nos ha confiado	67
E) «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento...? (Mt 25,37 ss)	68
F) El fruto en la acción: educar y caminar	71
2. Los signos de la vigilancia	72
A) La vida consagrada	73
B) Tiempos y gestos de gratuidad: el voluntariado	76
C) Algunos tiempos litúrgicos especialmente significativos	78
3. Tres realizaciones diocesanas de la «vigilancia»	81
A) El cuidado de los enfermos y los ancianos en dificultad	81
B) La atención educativa de los adolescentes	84
C) Vigilar sobre la comunicación	85
ORACIÓN-EXAMEN DE CONCIENCIA SOBRE EL TIEMPO ..	89